

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 21. — N° 496.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Paso por Tolon de las cenizas del rey José Bonaparte; grabado. — **Las treinta y seis medallas de la real Academia española.** — **Revista de Paris.** — **Copia de una carta reservada.** — **Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe;** grabado. — **Voluntarios confederados atacando un barco federal;** grabado. — **Exposicion universal de Londres;** grabado. — **William Enrique Seward;** grabado. — **Bernardo.** — **En un album.** — **Alocucion de Pio IX y manifestacion del episcopado presente en Roma.** — **Trajes religiosos y uniformes de la corte de Roma;** grabados. — **Cercanías de Paris;** grabados. — **La fe.** — **El criterio.** — **Taurirt-Amokran;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Los primeros mártires japoneses;** grabado.

Las treinta y seis medallas

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Hace algunos años que tengo el proyecto de escribir un libro titulado: *Historia de las treinta y seis medallas de la Real Academia Española*, cuyo objeto, — toda obra debe tener un objeto, un motivo, un fin, — es dar á los españoles, y sobre todo á los extranjeros que se ocupan de nuestra historia y de nuestra literatura, una idea, todo lo exacta que me sea posible, del estado actual de aquella sabia y útil corporacion, de su origen, de las diferentes vicisitudes por que ha ido pasando desde su

fundacion hasta el dia, de sus antiguos y modernos estatutos, de sus reglamentos, de sus importantes trabajos, de los certámenes con que ha brindado en varias ocasiones á la juventud estudiosa, y por último, algunos apuntes biográficos acerca de los individuos de número de aquella Academia, desde su fundacion en tiempo de Felipe V, hasta el año de 1862. Dedicaré igualmente algunas páginas de la *Historia* á sus miembros correspondientes y honorarios. Este era y es todavía el objeto del libro, cuyo titulo he apuntado mas arriba.

No desconozco las grandes dificultades con que tendré que tropezar el dia que, como suele decirse, ponga *manos á la obra*, ó mejor dicho, las conozco perfectamente, porque si bien no he empezado aun á escribir,



Paso por Tolon de las cenizas del rey José Bonaparte el 13 de junio.

hace bastante tiempo que voy recogiendo datos, consultando obras importantes, revolviendo archivos y bibliotecas públicas y particulares, molestando a varios amigos para que me den un poco de luz en medio de tanta oscuridad, leyendo historias y novelas, tratados de filología y comedias, gramáticas y versos. (¡versos sobre todo!... Los españoles hemos tenido siempre un verdadero furor por ellos; los versos han hecho más daño a la literatura española que la fiebre amarilla a la humanidad.) — Pero ¿qué obra un poco importante no tiene sus dificultades, y dificultades grandes, grandísimas que vencer? Escribir ha sido en todos tiempos, y es, y creo lo será siempre, una cosa muy difícil; pero escribir para el público es todavía más difícil, aunque haya algunos que por fatuidad, ó porque realmente juzgan lo contrario, digan que escribir es la cosa más sencilla del mundo, y que empezar y concluir un libro es lo mismo que beberse un vaso de agua. Yo opino enteramente lo contrario; creo que escribir la cuenta de la lavandera, si eso merece el nombre de tal, ó convidar a un amigo á comer en una mala d'écima ó en dos peores rondallas, es una cosa muy fácil; pero de esto á pensar, á escribir y sobre todo á *terminar* cualquier trabajo serio, literario ó científico, hay muchísima diferencia. Esto parece una de las verdades de Pero Grullo, ó lo que es lo mismo, que no valía la pena de gastar papel y tinta en decir una cosa que todo el mundo sabe, y sin embargo no la debe saber todo el mundo, cuando aun hay personas que dicen que para escribir no es preciso sino *ponerse á ello*, con lo cual quieren significar que si no escriben es porque *no quieren*, cuando lo que deberían decir es que *no pueden*, y no pueden porque no han nacido para ello. Ignoro si yo puedo ó no; lo que sé de positivo es que todo lo escrito por mí hasta ahora, malo ó bueno, me ha costado mucho trabajo y no pocos malos ratos: mi único consuelo consiste en saber que á otros que valen mucho más que yo les sucede lo propio.

Volviendo á que para llevar á cabo la *Historia* que me propongo escribir he de encontrar á cada paso serias dificultades que vencer, superiores indudablemente á mis escasas fuerzas, y que no debe olvidarse el precepto de Horacio

*Sumite materiam vestris, qui scribilibis, aquam
Viribus, et versate diu quid ferre recusent,
Quid valeant humeri...*

diré que toda persona que emprendiese el mismo trabajo, se vería como yo me he visto y me sigo viendo, rodeado de infinito número de dudas, pues las que se me presentan son de aquellas que no respetarian á nadie, — fuese quien fuese el indagador, — pues se trata de averiguar datos biográficos de algunos antiguos académicos de quienes no existe casi ninguna noticia curiosa, y sobre todo, de las obras de algunos de ellos, obras que se sabe, ó por lo menos se sospecha que debieron escribir, y que sin embargo no se hallan en parte alguna, ni impresas, suponiendo que se imprimieran (lo cual es muy dudoso) ni manuscritas, lo cual es más fácil. Nada tiene de extraño que se hayan perdido algunos escritos literarios ó científicos de la primera época de la *Academia*, si se tiene en cuenta que en aquellos tiempos no había en España el gran número de imprentas que hay ahora; la publicidad era muchísimo más rara. Ha habido épocas en nuestra historia en que la censura lo prohibía todo, en que discurrir era un crimen, hablar un verdadero delito, escribir un atentado contra las leyes; épocas desastrosas, cuyas consecuencias estamos aun palpando y que han sido la causa principal de la decadencia de España en estos últimos tiempos. Los periódicos son una institución nueva en nuestro país, y durante los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y aun Carlos IV no se sabía de qué color eran, exceptuando la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*, que no merecen el nombre de tales. Ahora en cambio se abusa de esto, como de casi todo, y actualmente se publican más periódicos políticos en Madrid, por ejemplo, que en París y Londres, centro de la imprenta periodística. Al ver el sinnúmero de disparates que hoy ven la luz pública en España, en periódicos y no periódicos, podríamos exclamar como el sensato don Pedro de el Café: *¡Y esto se imprime!*... y aun con más razón que Moratin, pues si en su tiempo se imprimían las sandeces de don Eleuterio, hoy se imprimen otras cosas que yo me sé, que pueden competir con el *Gran cerco de Viena*.

Cuando se me ocurrió escribir mi *Historia* no era sin embargo aquel el único punto difícil que se me presentaba á la vista; había otros muchos, que felizmente ahora y sin yo mismo saberlo, han ido desapareciendo poco á poco con las recientes publicaciones de algunos documentos oficiales y de ciertos trabajos particulares, y con las de otros no menos importantes que deben ver la luz pública dentro de algún tiempo. Son efectivamente muy posteriores al primitivo plan de mi libro los nuevos *Estatutos de la Academia Española*, y su último *Reglamento*, en cuyo décimo artículo se dispone que bajo el título de *Memorias de la Real Academia Española*, se irá dando á la estampa coleccionados los discursos, obras, memorias y otros escritos que considere útiles para el conocimiento é ilustración de nuestra lengua, ya sean de académicos, ó ya de otras personas. En el mismo artículo se previene que el primer tomo de dicha colección, principiará por un *Resumen histórico del origen y de los adelantamientos de la Real Academia Española*. También se incluirán en esta colección la *Memoria que al fin de cada trienio ha de leer el Director*, y el *Resumen histórico formado anualmente por el Secretario*. En el siguiente artículo se previene que con el título de *Discursos de recepción en la Real Academia Española*,

se continuarán publicando los pronunciados por sus individuos de número á su ingreso en la corporación, y las contestaciones. Esta colección arrancará desde la reorganización de la Academia en 1847: de los anteriores á dicha época, solamente los selectos se publicarán entre las *Memorias* de que habla el artículo anterior.

Si la *Academia* cumple puntualmente, como es de suponer, con su último *Reglamento* de 1º de marzo de 1861 (es muy probable que haya empezado á hacerlo) estas importantes publicaciones serán de suma utilidad á todo el que quiera, como yo, estar al corriente de los trabajos de aquella sabia corporación, que tan eminentes servicios ha prestado siempre á la lengua, historia y literatura españolas, aunque haya ciertos ingenios descontentadizos que nieguen su importancia. — Posterior igualmente á la época en que empecé á reunir datos y noticias para mi *Historia* es la Memoria que leyó hace poco á la *Academia Española* el señor Ferrer del Río, uno de sus individuos más activos y diligentes; posterior es también la publicación de la excelente obra del difunto académico don Antonio Gil de Zarate, acerca de la *Instrucción pública en España*, en cuyo tercer volumen da algunas noticias, aunque muy sucintas, del origen y vicisitudes de la *Academia*. El mismo señor Ferrer del Río está publicando actualmente, según acabo de saber, una serie de artículos en la *Revista Ibérica, con sagrada* á los *Directores* que ha tenido la *Academia Española*, artículos que de seguro serán muy notables, pues su autor es uno de los más distinguidos y concienzudos literatos que militan sin descanso en la república de las letras españolas. He sabido también que un antiguo académico de la lengua está escribiendo la vida de los escritores que ha tenido en su seno aquella corporación, desde su origen hasta el presente siglo.

Con las susodichas publicaciones, y otras que se estarán preparando actualmente, comprendo que perderá gran parte de su novedad la *Historia de las treinta y seis medallas de la Real Academia Española*, y digo de su novedad, porque quizá fuese esta la sola cualidad favorable del libro, pues todos los amigos á quienes he explicado el plan general de aquella obra, han empezado por aplaudir la idea, entonces enteramente nueva, de dar á conocer á los españoles poco letrados y más aun á los extranjeros, el *pasado*, el *presente*, dando algunas ideas del *porvenir*, de la más antigua é importante de las *Academias* españolas. Pero si mi *Historia* pierde en cuanto á la novedad, ganará en cambio bastante, teniendo, como tendré á la vista, datos y documentos oficiales de suma importancia, y además trabajos especiales como los de aquellos académicos que he citado antes. Todo ello me servirá de guía en el intrincado laberinto que me propongo recorrer, dando pues por bien empleado que recojan otros el fruto de la primacía; yo recogeré el que dejen los demás. Las primeras uvas de una parra están al principio un poco verdes, en estado de agraz: verdad es que las últimas tienen el inconveniente de estar demasiado maduras, prontas á convertirse en pasas... Es preciso dejar sazonar los frutos teniendo cuidado de que no se echen á perder.

Interin llega el día en que empiece á enviar cuartillas á la imprenta, que será al instante que haya terminado mi trabajo, voy á entresacar ahora de los apuntes que tengo tomados, algunas noticias acerca de la vida y trabajos de los treinta y seis actuales académicos que tienen el honor de llevar al cuello la medalla de esmalte que LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR. No busquen mis lectores en estos desaliñados apuntes ni la *historia* de dichas medallas, ni un examen detenido de las obras de los treinta y seis académicos, ni prolijos detalles biográficos; este trabajo sería demasiado largo y ajeno á la índole de un periódico como el *Correo de Ultramar*. Diré únicamente sobre cada uno de los individuos de número lo que crea debe decirse aquí: al que desee saber más, le brindo á que compre mi *Historia* cuando esté terminada, que será, *Deo volente*, muy pronto.

También me propongo escribir algún día la *Historia* de las demás *Academias* que hay actualmente en España.

I.

El Ilustrísimo señor don Eusebio María del Valle es el decano de la *Real Academia Española*: debo pues consagrar á su persona y á sus escritos el primero de mis apuntes. — Antiguo catedrático de *Economía política*, asignatura que ha explicado durante muchos años en la *Universidad de Madrid*, decano que fué, largo tiempo también, de la *facultad de Filosofía*, doctor en Jurisprudencia, y actualmente individuo *ponente* del *Real Consejo de Instrucción pública*, el señor Valle era uno de los maestros más queridos de la juventud española, que ha frecuentado la *Universidad Central* de veinte años á esta parte. Casi todos los hombres, de mediana edad, que figuran actualmente en España en alguna carrera literaria, pueden asegurarse que han sido discípulos de este académico. Los estudiantes asistian con puntualidad á su cátedra y oían con gusto los buenos consejos que les daba, hijos de una larga experiencia en la enseñanza. Buenas debieron ser sus explicaciones cuando sus antiguos discípulos son hoy, muchos de ellos, catedráticos en muchas universidades del reino, y otros están ocupando puestos de importancia en la administración y en el foro, no siendo pocos los que dejan oír su voz en el Parlamento, en el Ateneo y en varias *Academias*.

Su nombramiento de *Consejero ponente*, al poco de publicarse la *Ley de Instrucción pública*, durante el úl-

timo ministerio del duque de Valencia (1), fué acogido con gran aplauso por todas las personas que habían tenido la ocasión de apreciar los largos servicios prestados á la enseñanza por el señor Valle; sus discípulos fueron los únicos que tomaron á mal este nombramiento que les privaba de un excelente maestro y de un buen amigo. — En el *Consejo de Instrucción pública* continúa el señor Valle trabajando sin descanso en el difícil y arduo desempeño de su plaza de consejero ponente en unión de sus cuatro compañeros los señores Hysern, Masarnau, Escudero y Alvarez Arenas.

Un curso de *Economía política* es la única obra que ha publicado el señor Valle, si mis noticias son exactas. Para la época en que se escribió era un libro útil y apreciable, que ha servido de texto en casi todas las universidades de España; pero como de veinte años á esta parte aquella ciencia ha hecho grandes progresos, en el día la obra del señor Valle deja algo que desear.

Hace años que este académico es *Bibliotecario perpetuo* de la *Academia*, y como este puesto le da derecho á vivir en la misma casa que ocupa aquella corporación, y de la cual es propietaria, creo que no hay ejemplo de que haya faltado á ninguna de sus sesiones, las cuales preside con frecuencia, ya por ser el decano, ya por desempeñar el cargo de bibliotecario, que según el artículo 40 del nuevo *Reglamento*, puede suplir al director en ausencias y enfermedades.

Sus conocimientos en materias de derecho y de administración, como en lengua y literatura griega, estudio que se ha descuidado mucho en España, y que felizmente se empieza á cultivar bastante en las universidades, han prestado útiles servicios á la *Academia*, sobre todo para la publicación de las dos últimas ediciones del *Diccionario de la lengua y de la Gramática*, que son ciertamente los más importantes trabajos que puede dar á luz aquella corporación. ¿Qué estudio más necesario para todo español que el de hablar y escribir correctamente el idioma en que hablaron y escribieron sus padres y sus ilustres antepasados Cervantes y Granada, Calderon y Quevedo, Mariana y Alarcón?... ¡Ojalá todos los buenos latinistas, helenistas y conocedores de las lenguas semíticas, que algunos hay en España, tengan algún día asiento en los sillones de la *Real Academia Española*! Gayangos, Bardon, García Blanco, Camus, Moreno Nieto, Alenda, Malo de Molina, Gonzalez Andrés, y quizás algún otro que en este momento no recuerdo, cultivadores de aquellas lenguas muertas, podrían prestar grandes servicios á aquella corporación, á pesar de tener ya en su seno á algunos individuos, conocedores profundos de aquellos importantísimos estudios.

CARLOS DE OCHOA.

Revista de Paris.

Las últimas parisienses del mundo aristocrático que se despiden de la capital hasta diciembre próximo se encuentran en la mayor incertidumbre respecto de una cuestión de alta importancia. ¿Con qué vestidos llenarán esas arcas monumentales que reemplazan en la actualidad aquellas maletas y cofres aplastados, que abultaban poco más ó menos lo que abulta hoy un saco de noche? El tiempo sigue tan lluvioso, tan frío y cuajado de nieblas, que es imposible decidirse á cargar con los lindos y vaporosos trajes propios del verano.

Hay señoras que han consultado con mucha seriedad á los astrónomos de más fama, y en vista de las explicaciones de la ciencia, han tomado una determinación de resultados infalibles, á saber: la de llevar consigo un vestuario de verano y otro de invierno. El oráculo ha respondido « que existían en este momento dos corrientes meteorológicas, una de vientos fríos y otra de vientos calientes; y que solo mediante una observación sostenida hasta el 15 de julio, se podrá decidir cuál de estas dos corrientes será más fuerte y triunfará de la otra. » De todo esto se puede deducir, que lo que es por anticipación no sabemos nada. Arago instado constantemente para que hiciera profecías de almanaque, declaró una vez por todas que era imposible determinar con adelanto de una hora el tiempo que puede hacer, y creyó haber concluido así con la importunidad de las parisienses en la materia; pero por lo visto se equivocó, pues las hallamos hoy tan deseosas de predicciones meteorológicas, como si no existiese aquella célebre declaración, que fué publicada solemnemente en todos los periódicos.

Está para inaugurarse en París uno de esos hoteles colosales planteados según el modelo de los que existen en los Estados Unidos de América. Este hotel monumental situado en el boulevard de Capucines, al lado del nuevo teatro de la Opera, añadirá un elemento más á los atractivos de la vida parisiense. El edificio, que tiene la forma de un triángulo irregular, se compone de seis pisos contando los bajos, tres patios espaciosos, y seiscientos cuartos ó salones. Solo en el hotel del Louvre se encuentran las comodidades y la elegancia que se advierten en esta nueva creación de los mismos empresarios.

En el piso bajo están los principales aposentos, como verbi-gracia, el comedor y los salones de banquetes, de lectura y de fonda. El oro, la pintura, la escultura, las flores, las sederías y las alfombras hacen del hotel de la Paz una residencia régia. El comedor sobre todo, es digno de visitarse. Figúrese el lector

(1) Es la primera ley de Instrucción pública que se ha hecho en España, y probablemente se pasarán muchos años antes que se haga otra, pues aunque tenga sus defectos (¿qué obra humana está exenta de ellos?) no se hacen leyes de la importancia de aquella todos los días. Eran ministro y director general de Instrucción pública, al tiempo de publicarse la *Ley*, los señores don Claudio Moyano Samaniego y don Eugenio de Ochoa.

una rotunda de vastas proporciones, alumbrada por una media naranja de cristal envuelta en un fino enrejado de alambre. El salón tiene dos hileras circulares de ventanas que forman dos pisos, separadas por dos hileras de columnas aéreas de estuco encarnado. Las paredes están cubiertas de pinturas, esculturas y espejos. Lo que mas llama la atención á primera vista, es una elegante línea de figurillas que sostienen la media naranja.

No intentamos hacer aquí una descripción de este hotel de la Paz, que exigiria un largo y detenido estudio, y así concluiremos diciendo, que además de ofrecer todas las comodidades que puede desear el viajero, es un museo donde resplandecen obras artísticas de gran valor, debidas á artistas de fama.

La inauguración, cuyo día no está fijado aun, tendrá lugar por medio de un magnífico banquete. Aviso á los aficionados á estas solemnidades succulentas.

A principios del mes último cuando comenzó la temporada de los conciertos en los Campos Eliseos, dos jóvenes parisienses, Alberto y Carlos, habían tomado asiento en derredor del pabellón de la música, teniendo en otro grupo casi á su espalda dos señoras de mucha distinción y que parecían ser madre é hija.

Estas dos señoras hablaban una lengua extranjera y no pararon su atención en los jóvenes parisienses.

Al cabo de un largo intermedio, la excelente orquesta de M. Arban tocó un wals de los mas melancólicos que ha producido el talento del inimitable Strauss.

La joven se calló, é inclinando su cabeza sobre su mano pareció escuchar atentamente.

— A falta de realidades en el día de hoy, es bueno acogerse á las quimeras del pasado, dijo de repente Alberto, que también se había quedado pensativo hacia algunos instantes. Ese wals, continuó, me recuerda un sueño de amor que apenas duró una hora, y que sin embargo, tengo bien grabado en mi corazón.

— ¿Qué fué? preguntó Carlos.

— Al llegar á París en 1860, fui á ver una noche á mi tía la baronesa de X...

Al oír estas palabras, la joven que desde que había tomado la palabra Alberto parecía estar un poco agitada, se volvió y se estremeció viendo al narrador de la historia.

Este, con los ojos clavados en el suelo, proseguía su relación. — Había baile aquella noche. Yo, poco aficionado á este ejercicio, vagaba por los salones donde no veía un rostro conocido, y ya trataba de salirme, cuando mi tía me detuvo al paso y exclamó dirigiéndose á una joven que llevaba del brazo:

«— Aquí tienes lo que buscamos, hija mía; Alberto es uno de los mejores bailarines de París, y puedes confiar en él para el primer wals que bailarás delante de gente.»

Alberto hizo una pausa y prosiguió diciendo:

— Figúrate, amigo Carlos, una joven de diez y siete años, blanca como una azucena, rubia como las espigas en julio, delicada y esbelta, con unos ojos azules tan tiernos como el amor, tan castos como la inocencia, con una frente angelical que adornaba una corona de florecillas azules; en suma, figúrate una de esas divinas creaciones de los grandes poetas, y apenas tendrás un pálido reflejo de la mágica aparición que me fué dado contemplar en aquel instante, el mas feliz de mi vida.

A medida que Alberto trazaba con entusiasmo este retrato, su amigo Carlos miraba á la joven que tenía detrás, y encontraba en ella las maravillas que aquel enumeraba.

Y ¡cosa singular! La joven, como si conociera que servía de objeto á aquel análisis se mostraba confusa hasta lo sumo, y trataba de disimular las perfecciones con que Alberto la estaba pintando.

El narrador, enteramente extraño á esta escena silenciosa que preocupaba en alto grado á su amigo, escuchaba la orquesta que ejecutaba entonces las modulaciones mas suaves.

— Aunque viva cien años, exclamó al fin, jamás podré oír ese wals sin conmovirme. ¿Y sabes porqué, amigo mio? Porque á él le debo una revelación de lo que puede ser la felicidad en este mundo.

Alberto hizo una pausa, y luego terminó así la relación de sus impresiones:

«En el deslumbramiento que me causó la vista de aquella criatura, pasé mi brazo en torno de su talle, y la arrastré sin decir una palabra en el torbellino.

Poco á poco, mientras volábamos al través de los grupos, fui perdiendo el sentimiento de la realidad; estaba ébrio de movimiento y de armonía, al contacto de aquella mano diminuta, al soplo de aquel aliento que refrescaba mi megilla.

Jamás, no, jamás, amigo Carlos, he sido tan dichoso.

La joven se abandonaba con una cándida confianza que yo no había encontrado hasta entonces, y todo su ser resplandecía de júbilo.

Una mujer apasionada hasta el delirio no ha podido olvidarse en los brazos del hombre á quien adora, como se olvidaba en los míos aquella púdica criatura.

Yo la devoraba con los ojos, y sin embargo, pongo á Dios por testigo que mi pensamiento no la profanó. Mi alma aspiraba la suya con violencia, pero en esta emoción no hubo la mas mínima parte para los sentidos.

Ríanse de mí los que quieran; yo siempre he creído que el pudor es contagioso. El ángel guardian de tan bella criatura no tuvo que sonrojarse cuando salió de mis brazos.

La orquesta se detuvo y no nos habíamos dicho una palabra.

— ¡Oh! no hay baile como el wals, exclamó apoyándose trémula y agitada en mi brazo. ¿Me sacará Vd. otra vez en el primer baile en que nos encontremos? Yo he tocado frecuentemente ese wals en el piano y nunca me ha gustado tanto como esta noche. En adelante le tocaré mas aun, y sobre todo, no dejaré de bailar el wals cuantas veces se me presente ocasión.

Confieso que la primera parte de esta sencilla confidencia me inspiró cierto orgullo, pero la conclusión me hizo caer del quinto cielo.

En el instante en que había jurado yo no compartir con nadie sino con ella la emoción que había sentido, ella aspiraba á pedirla á un cualquiera.

En cuanto dejé á la joven en su banco, un importuno se apoderó de mí, y pocos momentos despues volví hácia el sitio en donde había dejado á mi bella desconocida, y ví que había des-

aparecido. Pregunté á mi tía quién era, y me respondió que era hija de un conde ruso.

Desde aquel instante no tuve mas que un pensamiento, volver á ver á tan preciosa criatura que me había arrebatado una parte de mi alma, y que á mi juicio debía devolvérmela, ó darme en cambio una parte de la suya.

Pero pocos días despues supe que había marchado á Rusia, donde me era imposible seguirla.

Hace un instante, amigo mio, al oír ese wals de Strauss, me ha parecido que todo lo que ha pasado despues ha sido un sueño, y que aquella divina aparición de una felicidad apenas entrevista se iba á levantar de nuevo á mis ojos...»

Una exclamación mal contenida vino á poner punto á la narración de Alberto.

Su hermosa vecina, cuya turbación en la última parte de aquella confidencia había estudiado Carlos atentamente, acababa de levantarse y se había vuelto hácia los dos amigos.

Alberto la vió entonces por primera vez y se quedó estupefacto.

La joven le dirigió una mirada tímida, tierna y triste sucesivamente; señaló el pabellón en donde se oían las últimas vibraciones del wals de Strauss, y luego tomando el brazo de su madre que no había visto nada, se dirigió con rapidez hácia la puerta.

— ¡Es ella! exclamó Alberto saliendo del estupor y la sorpresa en que aquel encuentro le había sumergido, y queriendo llevar á Carlos en la misma dirección.

— ¿Y esto? le dijo su amigo, presentándole una florecilla azul sin duda olvidada de intento sobre la silla que acababa de dejar la joven.

Alberto la tomó, y llevándola á sus labios, corrió á la puerta, seguido de su amigo.

En el momento en que traspasaban el umbral, una elegante carretela se llevaba el objeto de su persecución.

Los dos amigos tomaron un carruaje, ordenando al cochero que no perdiera de vista la carretela.

Alberto descubrió así la casa de su amada, pero vino á saber también que la joven á quien él conoció y amó á su entrada en el mundo, se había casado en Rusia recientemente, y que en el momento en que la veía por segunda vez, se hallaba en vísperas de terminar su viaje á París, debiendo salir en breve para Londres.

Su destino era pues verla y perderla, y esta vez sin duda para siempre.

Hemos visto estos días un dibujo litografiado del palacio de las Exposiciones universales y permanentes que se construye actualmente en París en el sitio llamado Point du Jour d'Auteuil, entre la estación del ferro-carril y la puerta de Saint-Cloud, camino de Versailles. El palacio propiamente dicho tendrá 500 metros de largo ó sea medio kilómetro. La cúpula que se eleva en el centro contará 105 metros, y por último habrá las dependencias para las máquinas, un jardín con invernáculos y una inmensa rotunda para las fiestas.

Vemos pues que este nuevo palacio industrial será mas espacioso que el de Londres.

En cuanto á la cuestión mas escabrosa, esto es, la relativa á los recursos económicos, parece ya resuelta, si es verdad, como se asegura, que todo el capital está suscrito, habiéndose quedado los ingleses con la mayor parte de las acciones.

Dícese también que este inmenso bazar se podrá abrir al público en el año próximo. El precio que tendrán que pagar los expositores por cada metro cuadrado, será de 25 á 50 francos, precio bastante reducido para suponer que serán muchos los que tomen localidades á fin de exponer sus productos ó sus géneros.

Deseamos que los iniciadores de este útil pensamiento reporten de su realización los resultados que él merece.

Ya que tocamos al ramo de obras públicas, digamos cuatro palabras sobre un proyecto digno de darse á conocer. En medio de los muchos embelecimientos que se emprenden en París, á todo el mundo llama la atención la especie de olvido en que se deja al barrio de San German en la orilla izquierda del río. Ahora bien, este olvido se debe en gran parte á su aislamiento, y este aislamiento reconoce por causa el magnífico jardín de las Tullerías que le cierra el acceso de los barrios de la orilla derecha del Sena.

Ya un nuevo puente, el de Solferino, pone en comunicación con ese jardín al barrio susodicho; pero nada mas, y el atravesar ese jardín sin destruirle ha sido un problema cuya solución acaba de encontrar M. L. Lesueur, tipográfico, quien ha sometido al emperador su proyecto.

Trátase, dice el *Univers illustré*, de donde tomamos esta noticia, de la construcción de un túnel para paso de la gente y de los coches, entre el puente de Solferino y la calle Castiglione, que pondrá en comunicación directa una gran parte del barrio de San German con la nueva Opera y el boulevard de los Italianos. El túnel, que tendrá 40 metros de anchura, quedará al aire libre en una parte de su trayecto.

Que acorta considerablemente las distancias, no hay para qué demostrarlo; y lo que dice mas en su abono, es que los gastos de esta inmensa obra no pasarán de 800,000 francos.

Parécenos curioso notar aquí este modo de salvar una dificultad que estaba reconocida como insuperable.

Para concluir hé aquí una noticia que nos llega de Londres:

Un rico inglés acaba de pedir en matrimonio á la joven parisiense que se había escapado de Passy, y había emprendido sola, y á pesar de su familia, el viaje á Londres, disfrazada de hombre y movida únicamente por su deseo de ver la Exposición, la cual, como saben ya nuestros lectores, no pudo ser recibida en ningún hotel por causa de su disfraz, y al fin quedó en la cárcel por orden del tribunal, mientras la reclama su familia.

No respondemos de la autenticidad de la noticia, pero seguramente no extrañará á ninguno de los que conozcan el carácter británico.

MARIANO URRABIETA.

Copia de una carta reservada

EN LA CUAL SE HABLA DE UN PROYECTO QUE PARECE PROXIMO A REALIZARSE, PARA HONRAR

A MIGUEL DE CERVANTES (1).

Señor director del *Diario de Barcelona*.

M. S. y junio 1º de 1862.

Muy señor mio: La casualidad ha puesto en mis manos una carta original, escrita en francés, cuyo fiel traslado al español copiaré á continuación de estas líneas. La circunstancia de nombrarse en ella á algunos de los mas notables escritores de nuestro país, suponiéndoles autores de un proyecto cuya realización parece factible y del que hay ejemplos en otras naciones, me mueve á remitirle a Vd. por si la juzga digna de ser publicada en su periódico, y poder de este modo averiguar lo que haya de exacto en el contenido de dicho documento. Tengo el honor de ofrecerme á Vd. como su atento servidor Q. B. S. M. — A. MARIÑO.

Copia de la carta citada. — Al doctor Tebussemh. — Wurtzbourg. — Mi querido doctor: En el día de ayer, 30 de mayo de 1862, volví á esta corte de Madrid despues de verificada mi expedición á Valladolid y Argamasilla, para cumplir fiel y escrupulosamente el encargo que sobre noticias de *Cervantes* y del *Quijote* ha fiado Vd. á mis débiles fuerzas, y cuya comisión fué la que motivó mi viaje y ahora mi permanencia en este hermoso país.

Cada día se va despertando mas y mas el entusiasmo por el *Rey de los escritores*, y de aquí que cotidianamente podamos recoger alguna noticia y tomar algun dato desconocido para Vd. en los varios periódicos que se publican en esta capital y en las provincias. Uno muy acreditado de Madrid, el *Contemporáneo*, y el caballero andaluz don Francisco de Tubino, son los que hasta hoy han aceptado por medio de la imprenta el reto que nuestro querido amigo don Nicolás Benjumea provocó desde Londres con su *Estafeta de Urganda*. Ambos escritos los tengo comprados, así como los números de la *Bética* y la *Revista española* que contiene eruditos artículos sobre el verdadero autor del *Palmerin de Inglaterra*. Obran también en mi poder los planos y vistas fotográficas para estereoscopio, de las casas que en Valladolid y Argamasilla sirvieron de morada á nuestro MIGUEL. La averiguación de cuál fuese la primera se debe al catedrático don José Santamaria, y la de la segunda, que ha sido comprada por el infante Don Sebastian de Borbon al señor don José María del Campo. Sobre todo esto he formado apuntes y recogido noticias, que conservo en borrador, á fin de redactarlas con amplitud cuando regrese á esa y tenga el placer de hablar con usted. Encajonadas se hallan las primeras entregas de la magnífica edición de Moran, que parece ha de ser eclipsada por la que el entendido tipógrafo Rivadeneyra proyecta imprimir ¡admírese Vd. en la misma Argamasilla. Es un capricho que ha de agradar á los bibliógrafos. Allá veremos en lo que esto para.

Lo que hoy me mueve á escribir á Vd. no es nada de lo antedicho, sino los datos que tengo para poder casi asegurarle que el proyecto de la *Academia de Cervantes*, ideado por Vd. hace muchos años, llegará á ser un hecho en España. Segun me dijo un amigo, y despues lo he visto yo mismo, la primera indicación manifestada por medio de la prensa en este país, apareció en un juicio crítico que sobre la deliciosa *Utopía* del señor Segovia publicó en Cadiz, en julio de 1861, el periódico *el Constitucional*. Antes de ayer, amigo mio, acompañado del señor Hartzenbusch, á quien deseo que Vd. muestre su gratitud por las atenciones y favores que me dispensa, antes de ayer, repito, asistí á la reunión mas agradable que Vd. puede figurarse, y por cierto que recordé mucho á Vd. considerando cuánto habría gozado en ella. Hallábanse, entre otros muchos que no conocí, los señores Ventura de la Vega, Segovia, Molins, Cañete, Fernandez Gonzalez, Florentino Sanz, Albareda, Dacarrete, Selgas, Ayala, Serra, Dorregaray, Ferrer del Rio, Fernandez Guerra, Gayangos, Rivadeneira, Campoamor, San Roman, Alcalá Galiano, Romea, Moran, Rubí, Rosell, Mesonero Romanos, Necedal y otros que ahora no recuerdo, fijando las bases para fundar una academia ó sociedad denominada de *Cervantes*. La presidencia interina se dió á Mesonero Romanos, y de secretario hizo el señor Fernandez Guerra. Despues de animados debates y de discursos llenos de agudeza, entre los cuales sobresalieron los de Ayala y Campoamor, fueron discutidas y aprobadas las siguientes bases para formar sobre ellas los estatutos y reglamento.

El objeto de la *Sociedad de Cervantes* es el de honrar por cuantos medios estén á su alcance, la memoria de este insigne escritor. Para conseguirlo procurará:

1º Reunir en su biblioteca todas las ediciones españolas y extranjeras del *Quijote* y demás obras de *Cervantes*; las de los libros que se mencionan en el escrutinio del Ingenioso Hidalgo y los folletos, artículos, comentarios y escritos que traten del príncipe de los ingenios españoles; y en el gabinete de curiosidades,

(1) Varios periódicos de España han insertado este escrito que nos apresuramos á reproducir, deseando se pongan en planta las ideas consignadas en él para honrar el recuerdo de Cervantes. Nuestra copia está tomada del *Diario* que se publica en Barcelona. (N. DE LA R.)

todas las estampas, pinturas, esculturas, etc., que representen retratos de *Cervantes* ó escenas de sus producciones.

2º Publicar una magnífica edicion de todas las obras de *Cervantes*.

3º Promover un concurso para premiar el mejor proyecto de un monumento de piedra y bronce en honor del autor del *Quijote*, cuyo monumento se construirá precisamente con fondos de una suscripcion universal.

4º Destinar un día del año para celebrar una funcion religiosa, única y exclusivamente en memoria del Manco de Lepanto.

5º Publicar un periódico trimestral que llevará por título *Crónica de la Sociedad de Cervantes*, en el cual se insertarán artículos, datos biográficos, anuncios de obras y demás noticias relativas al objeto de la Sociedad.

En el número correspondiente de cada año se imprimirá el sermón predicado en la funcion religiosa, con el acta descriptiva de ella.

Habrà cuarenta *socios de número* residentes en Madrid, otros tantos *honorarios*, y será ilimitado el número de *socios corresponsales*.

Los socios de número al tomar posesion de sus plazas leerán discursos de recepcion que han de versar sobre los mismos temas que sirven de base al periódico de la corporacion.

Todos los años se publicará una Memoria dando cuenta del estado y trabajos de la sociedad.

Las sesiones ordinarias han de ser mensuales y se abrirán leyendo un capítulo entero del *Quijote*.

Los caudales de la Sociedad consistirán:



William Enrique Seward, secretario de Estado en los Estados Unidos.

1º En los productos de su periódico y de las obras que publique.

2º En los donativos que hagan los socios ó cualquiera otro particular, español ó extranjero, aunque no pertenezca á la corporacion.

3º En el precio de un ejemplar de cualquier impreso destinado á la venta que se publique en España ó en sus posesiones de ultramar. La circular en la cual se haga esta súplica á los autores y editores, se imprimirá constantemente en las cubiertas del periódico de la Sociedad.

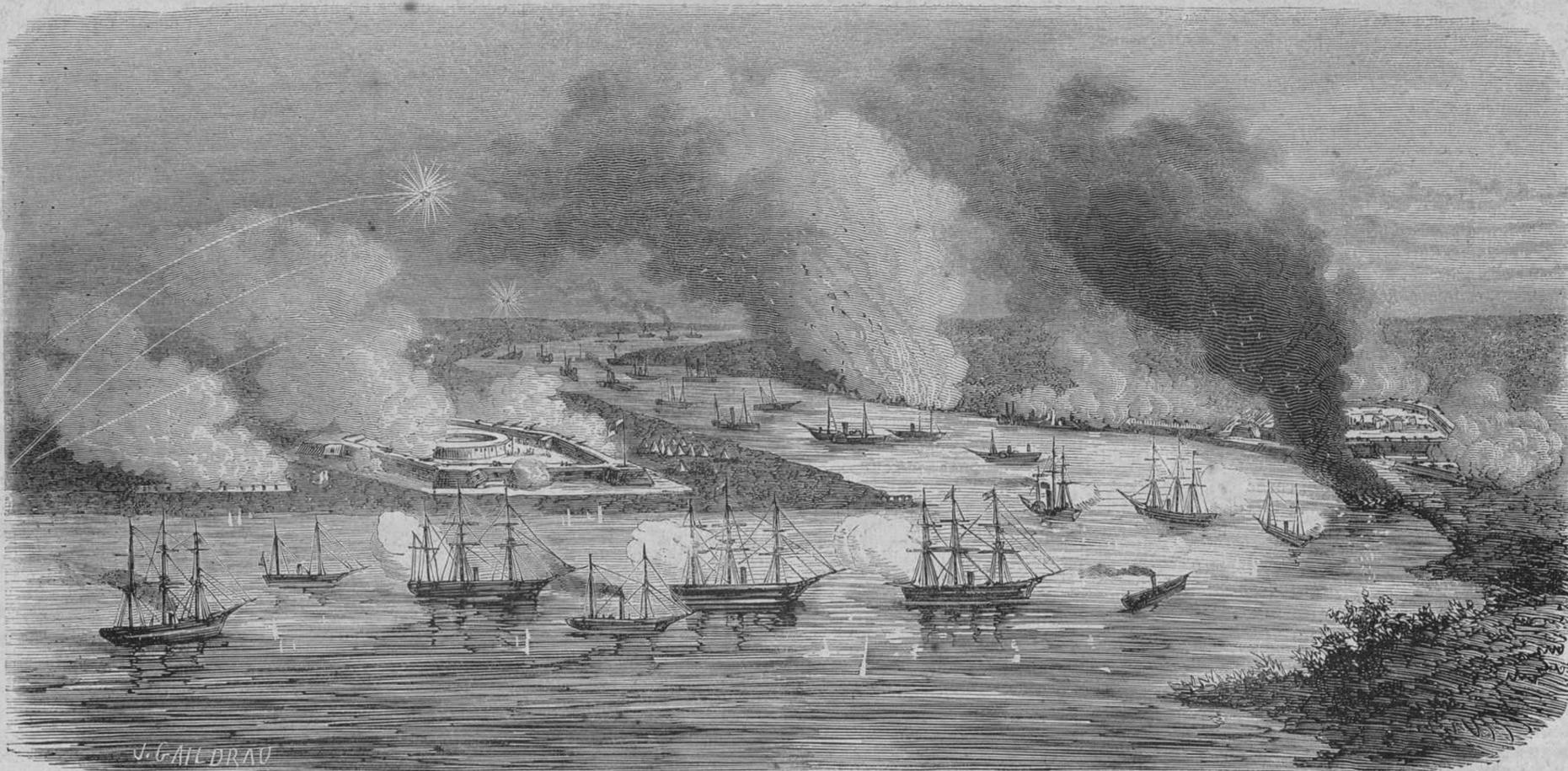
Recibirá con el mayor aprecio el regalo de toda obra análoga á su instituto.

Los nombres de las personas que hagan donativos en metálico, los de los autores ó editores que regalen el precio de un ejemplar de sus publicaciones y los de aquellos que donen los libros que marca el párrafo anterior, se estamparán precisamente en la *Crónica de la Sociedad*.

Esta usará un emblema y sello especial en sus diplomas, oficios, papeles y publicaciones.

Anualmente, y según lo permita el estado de los fondos, se darán premios á los trabajos literarios, cuyos temas relativos á *Cervantes* ó á sus obras propondrá la Sociedad, y á las láminas que representen determinadas aventuras del *Ingenioso Hidalgo*.

Aquí tiene Vd. en sustancia y compendio las principales bases, faltando solo la parte relativa á elecciones, requisitos y deberes de los socios y demás circunstancias indispensables para el



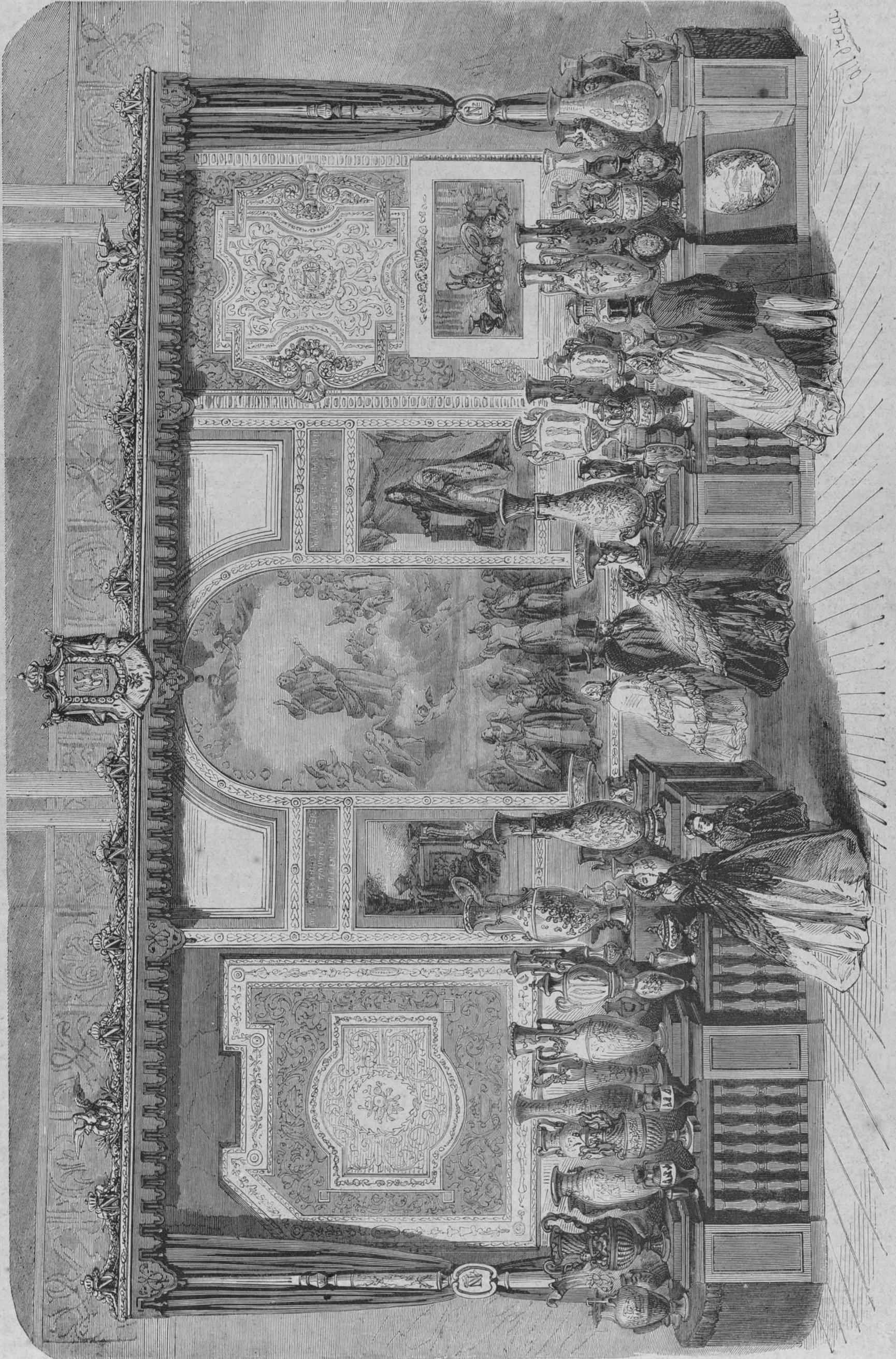
Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe por la escuadra del comodoro Ferragut.

régimen de las corporaciones literarias. Por de contado, que si algun taquígrafo hubiese tomado nota de la sesion podría formarse un libro amenísimo y lleno de agudeza, y le diré á usted, para demostrárselo con un caso práctico, que al discutirse cuál debería ser el sello de la corporacion, hubo pareceres diversos: unos querian representar libros de caballería convertidos en pasto de las llamas; quien un aspa de molino atravesada con un lanzon; otros el retrato de *Quijano*, y algunos el yelmo de Mambrino, pero el señor Cardenera, autor de la *Iconografía española*, tan apreciada en nuestro país, tomó un lápiz y trazó una corona de laurel arrojando por toda su circunferencia destellos de luz como si fuese un astro. Hecho esto y dirigiéndose á los que allí estábamos, preguntó: ¿les parece á usted-



Voluntarios confederados atacando á un barco federal en el Mississippi.

des bien? Nadie contestó, y viendo el autor del trabajo que este silencio no era señal de buen éxito, volvió á tomar su lápiz y escribió dentro del círculo formado por la corona estas seis palabras: *En un lugar de la Mancha.....* seguidas de puntos suspensivos. Una salva de aplausos, muestra de unanime aprobacion, acogió y dió por bueno el emblema que de fijo usará la *Sociedad de Cervantes*. Presumo que será director de ella el marqués de Molins, y subdirector don Ventura de la Vega ó el señor Segovia. Con este último hablé largamente de su *Utopía*, y yo calculo que su intencion fué pedir mucho para que al fin se hiciese algo, y este algo y aun *algos*, como dijo Sancho, es el embrión de que me ocupo en esta carta. Entiendo que el opulento duque de Osuna, que tambien lo es de Bejar, será nombrado académico



mar. 1851

Exposición universal de Londres. — Sevres y los Gobelinos.

honorario, como representante moral de la persona á quien se dedicó la primera parte del *gran libro*; nuestro amigo Diaz Benjumea, que á residir en Madrid seria individuo de número, recibiría igual diploma, y de seguro, tanto Vd. como el erudito caballero inglés John Wetherell no dejaran de tener el nombramiento de *corresponsales* de la Sociedad. Un distinguido abogado que ha de ocupar uno de los sillones de la futura academia, demostrara en su discurso de entrada *los profundos conocimientos de Cervantes en legislación, jurisprudencia y práctica forense*. Además se anuncian curiosísimos trabajos para los primeros números del periódico.

Por ahora todo lo dicho está muy en reserva y no se quiere que los periódicos hablen del asunto hasta que los trabajos se hallen mas adelantados. Yo excuso decir á Vd., querido doctor, cuánto es mi deseo de ver definitivamente organizada la corporacion, pues entonces sabremos cada año, los que no podemos asistir á las honras de las Trinitarias, qué es lo que allí pasa y lo que allí se dice, sin tener que andar huroneando por las gacetas de los periódicos y no siempre con esperanzas de hallar lo que se busca, pues lo que el año 1861 pronunció desde el púlpito el señor presbítero Tristán Medina lo ignoramos todavía. La Academia española celebra honras por Cervantes y por los demás literatos españoles, es decir, que considera como uno de tantos al hombre que ni admito parangon ni semejanza; la nueva sociedad consagrando un día del año á la memoria del GRAN MIGUEL, hará patente que este escritor no es uno de tantos, sino de tantos el único que ocupa un puesto singularmente privilegiado entre todos los que han ganado prez y fama eterna con la pluma.

Y como la pobre mia está ya cansada, y Vd. también lo estará, doy fin á la presente carta reiterando á Vd. las seguridades de mi cariño y estimacion.

DROAPH.

William Enrique Seward.

(Véase la página 20.)

William Enrique Seward, presidente del Consejo de ministros de los Estados Unidos, nació el 10 de mayo de 1801 en Florida, aldea del estado de Nueva York, donde su padre era juez despues de haber ejercido la medicina.

Enrique Seward al fin de sus primeros estudios entró en el despacho de un abogado, donde trabajó durante tres años. Demasiado joven aun para trabajar por su propia cuenta, siguió el uso bastante comun en los Estados Unidos entre los que se dedican á las profesiones liberales, y se hizo profesor en el estado de Alabama. A su regreso se estableció en Auburn, cerca de Nueva York, donde reside aun su familia, y donde se casó en 1824. En breve se hizo un nombre distinguido en las mas arduas cuestiones criminales, y no tardó en tomar parte en la política de su Estado.

Llamado al Senado del estado de Nueva York en 1830, vino á ser allí el jefe de la oposicion contra Jackson y Van Buren, y contribuyó poderosamente á la formacion del partido que fué mas tarde el partido whig.

Elegido gobernador de su Estado en 1838, ocupó ese puesto hasta 1842, pero no demostró en esas funciones las cualidades de un administrador. Entonces volvió á la vida privada, en la que permaneció hasta 1849 que pasó á tomar asiento en el Senado de Washington, y aun ocupaba la posicion de senador en marzo de 1861, cuando fué llamado á formar parte, en calidad de secretario de Estado, del gabinete del presidente Lincoln.

Seward se ha distinguido principalmente en la lucha contra la esclavitud; pero los miembros del partido que le ha elevado al poder, declaran que no han encontrado en él, como lo habian esperado en un principio, las cualidades del hombre de Estado de primer orden, y su política, calificada de vacilante en la cuestion del *Trent*, ha causado mucho descontento. Seward declara terminantemente que quiere presentarse como candidato para la presidencia de los Estados Unidos en 1864.

P. P.

Bernardo.

I.

No vamos á contar aquí una historieta artísticamente preparada, sino un simple hecho, instantáneo, terrible... un drama que no ha durado mas de un segundo... una realidad fotografiada...

Hace de esto como una hora... si, no mas tiempo... y acació en la estacion de Armentieres, donde esperábamos el tren que debía volvernos á Lille, despues de haber hecho una alegre caza en una de las mas verdes llanuras que conozco, un verdadero paraíso flamenco.

El tiempo habia favorecido nuestra excursion: el sol ya en su ocaso alumbraba todavía la campiña animada por los labradores que regresaban de sus faenas. Por el aire circulaban esos mil ruidos que constituyen los diferentes conciertos de cada tarde; los pajaros gorgeaban con empeño como para dar gracias al cielo por aquel hermoso día, el último quizá del otoño.

Hasta la pequeña estacion de Armentieres parecia estar de fiesta. El embarcadero y sus cercanias, por lo co-

mun desiertos y silenciosos, nos aparecieron entonces tan alegres como en la fiesta del pueblo. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todo el mundo estaba allí formando grupos impacientes á lo largo del enrejado de la via férrea.

Evidentemente esperaban á alguno; quizá un gran personaje.

¿Quién podia ser? ¿Y venia de Dunkerque ó de Paris, pues ambos trenes debian llegar al mismo tiempo?

Movidos por la curiosidad, buseamos con los ojos á cierto mozalbete que habiamos encontrado en el bosque, y que á pesar del cebo de la recompensa no habia consentido en cargar con nuestra caza, sino cuando supo que ibamos también á la estacion de Armentieres; pero con asombro descubrimos que Periquillo habia desaparecido...

¿Y nuestra caza?...

Tranquilicémonos, la caza no; Periquillo es un muchacho honrado; habia tomado la delantera, y eso era todo.

Habia corrido hasta el extremo de la pared humana que reforzaba el enrejado, y ahora como uno de tantos miraba con ansiedad en la direccion del Este.

Primer punto aclarado. El viajero á quien esperaban debia llegar de Paris.

A fin de penetrar lo restante del misterio, llamamos en coro al depositario de nuestras perdices; pero no hubo respuesta.

Periquillo, devorado por la impaciencia comun, aunque tenia nuestra caza á hombros, habia olvidado la caza y los cazadores.

Por fin, uno de nosotros corrió á él, y que quieras que no, le trajo adonde estabamos.

— ¿Qué significa esto? ¿Qué espera aquí la gente, Periquillo?

— ¿Qué espera la gente?... Espera como espero yo también á mi hermano Bernardo, que vuelve de la guerra.

II.

Algunos momentos despues formábamos un semicírculo en torno de Periquillo, á quien todos interrogabamos acerca de su hermano.

Pero antes de satisfacer nuestra curiosidad sobre este punto, el mozuolo principió por decir cuatro palabras acerca de los principales personajes que habia en la estacion.

— Esos son los amigos... decia con voz conmovida; esos los vecinos, los parientes... Ahí están el padre, la madre y los hermanitos... Ahí está Teresa, la prometida de Bernardo!...

Y nosotros fijábamos la atencion en las personas que nos señalaba.

El padre era un buen labrador que apenas podia acudir á todas las manos que buscaban su mano, y mucho menos responder á los que sin duda le repetian en todos los tonos:

— ¡Debeis estar contento, tío Matias!

En medio de un grupo de mujeres que hablaban todas á un tiempo, la esposa de Matias recibia también su parte de felicitaciones; pero la pobre madre tenia el corazón demasiado oprimido para poder hablar; contentábase con llorar mientras calmaba á sus dos niñas menores, que colgándose de su basquiña no cesaban de gritar:

— ¿Cuándo llega Bernardo?

En cuanto á Teresa, la novia, era una aldeana fresca-chona y robusta que estaba un poco apartada, con el cuerpo inclinado hacia la via, el labio entreabierto y el alma sumergida en un éxtasis, que sin la agitacion de su rubia cabellera que flotaba al viento bañada por un rayo de sol, habria parecido una estatua.

¿Teresa!... Una sola mirada me bastó para adivinar en tí uno de esos amores verdaderos, primitivos, inmensos, que por desgracia solo florecen ya en las aldeas!

Pero en aquel momento un ruido de clamores y de trompetas resonó de repente hácia el pueblo.

Todas las cabezas se volvieron, menos la de Teresa.

¿Qué le importaba á ella lo que podia pasar en la poblacion? Aun cuando las casas se hubiesen incendiado; aun cuando el rayo hubiese caído á sus piés, no se habria movido. ¿Que le importaba? Por aquella parte no iba á llegar Bernardo.

III.

— ¡Es la abuela! exclamó Periquillo; ¡bravo! ¡ahora traen á la abuela!

Efectivamente, se adelantaba un grupo interesante. Cuatro mocetones adornados con cintas de piés á cabeza traian en sus robustos hombros un sillón gótico, y sobre este sillón venia una anciana, casi centenaria, paralizada sin duda, pues solo en sus ojos se notaba vida en ella.

Pero eso sí, estos ojos brillaban como si no contaran mas de quince años.

La abuela habia querido ver á su nieto, y le veria como todo el mundo á su llegada.

Dejaron á la anciana cerca del enrejado bien enfrente del sitio en donde debia parar el tren, y se agruparon de nuevo en derredor de su sillón, resonando á todo esto las aclamaciones, los toques de trompeta y los vitores á Bernardo.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué felices eran entonces todas aquellas gentes!

Un instante despues otra conmocion: el guardabosque con su uniforme nuevecito.

Luego el alcalde, y por fin el señor cura.

Todas las autoridades religiosas, civiles y militares de la aldea.

Solo faltaban los gendarmes, y no tardaron en llegar dos á caballo.

Seguramente, si el emperador hubiese pasado por allí, la fiesta no habria sido mas completa.

— Parece ser que quieren mucho á Bernardo, que así celebran su vuelta, dijimos á Periquillo.

— ¡Si le quieren!...

IV.

« — Primeramente, exclamó Periquillo con orgullo, Bernardo es el hombre mas honrado, mas virtuoso y mas valiente del departamento, y quizá de toda la Francia. Cuando niño en la escuela le querian ya, aunque era el mas aprovechado, porque era también el mas modesto.

En la época de la inundacion de la aldea apenas tenia trece años y ya salvó á no sé cuánta gente... ¡pero ahí están todos y no lo han olvidado!

Mas tarde, Bernardo era ya hombre, un toro se escapa por las calles, y una joven madre con su niño habria perecido sin el arrojo de Bernardo que coge al toro por un asta y le detiene...

Allá abajo está la madre, aquella que se rie... y el muchacho á su lado, sano y salvo como yo.

Finalmente, por San Martín hace tres años, y yo de esto me acuerdo muy bien, se incendia una choza... el rio estaba seco y el viento era fuerte... todos contemplaban con temor el incendio sin saber qué hacer, y mi hermano sin vacilar coge un hacha, se lanza en las llamas, aísla el fuego, y vuelve á caer entre nosotros medio abrasado...

En tanto que le llevan á casa, el señor alcalde y el señor cura dicen en alta voz:

— Sin Bernardo, hijos míos, mañana nuestra aldea habria amanecido reducida á cenizas.

Y era verdad... todos lo conocian.

Cien cosas mas se podrian citar... no acabaria si hubiera de contarlas todas.

Y luego... ¡cuan bondadoso es!

Es bueno con los parientes, con los ancianos, con los niños, con los pobres, á quienes habria dado la mitad de su capa... si la hubiera tenido... como el santo cuya imagen á caballo está en nuestra iglesia.

¡Os sonreis, señores!... ¡Os imagináis quizá que todo esto es exageracion de hermano!...

Preguntad á la viuda de Francisco que está allí, si cuando sus hijos eran todavía pequeñuelos no iba Bernardo á cultivar sus tierras todos los domingos... despues de haber trabajado toda la semana.

Y á José Mateo... ese de la barba larga... preguntadle si cuando la herida que le tuvo en cama mas de un mes, Bernardo no hizo su tarea sin descuidar la suya propia, y no le llevó cada noche el jornal del día...

Y mil otras cosas... era un león para el trabajo, y en su bondad y en su ternura solo puede ser comparado con un perro.

Está en su naturaleza... y no hay otro como él... tontería buscarlo. »

V.

Periquillo hizo una pausa, y luego prosiguió con una emocion que principiábamos á sentir todos:

« — Teresa no es menos querida que su novio en todo el pueblo.

Y con razon, porque ha hecho por el pueblo otro tanto que su prometido.

Jamás ha habido en estos contornos un accidente, una miseria, un dolor, sin que la buena muchacha no haya corrido al punto para socorrer... para consolar á los pobres.

Y el caso es que las obras de caridad no la cuestan nada... Al contrario, como ella misma lo dice, cifra su felicidad en pasar las noches á la cabecera de los enfermos, en mortificar su cuerpo y su alma por aquellos que no pueden trabajar, en cambiar por do quiera las lágrimas en sonrisas, sobre todo en hacerse la madre de todos los niños huérfanos, á quienes profesa un cariño loco y que la siguen por todas partes...

Es una verdadera hermana de la caridad... es entre las mujeres lo que Bernardo entre los hombres, ni mas ni menos.

Como tenian tan iguales sus corazones, naturalmente debian amarse, y sus amores comenzaron desde su infancia... en cuanto se vieron por primera vez... Muy á menudo me lo han repetido uno y otro. Habriase dicho que se reconocian, y que siendo la mitad de un alma separada antes en dos cuerpos, se volvian á encontrar de repente, para reunirse de nuevo en una sola.

Siempre se les veia juntos... con la vista hácia el cielo y columpiando sus dos manos asidas por el dedo meñique.

Así crecieron... Llegó la mayor edad, y con esta la idea muy natural de hacerse marido y mujer. ¿No habian sido criados para eso? ¿No estaba en ello evidente la voluntad de Dios?

El señor cura fué el primero que habló del asunto.

Los otros ni siquiera se acordaban de hablar, porque lo daban por concluido, y como si no pudiese ser de otra manera.

— No tenemos dinero, se dijeron los padres y las madres, de modo que no hay obstáculos para que nuestros hijos sean felices.

Únicamente había que esperar la quinta; pero Bernardo era tan bueno, que todos se hallaban persuadidos de que Dios le dejaría libre.

Llegó por fin el día del sorteo.

Bernardo metió la mano en el cántaro, y sacó el número 327. ¡Qué alegría!

¡Es verdad que todos habían rezado tanto!

Pero ¡ay! esta alegría debía acabarse en breve. Aunque el cielo protegía a Bernardo y a Teresa, la fatalidad se apoderó de repente de la dirección de las cosas...

Hubo tantas exenciones, que pidieron hasta el número 330, ¡y Bernardo tenía el 327!

La consternación fué general en la aldea. Los ancianos se estrechaban la mano meneando la cabeza, y los jóvenes iban repitiendo en el umbral de cada casa:

— ¡Pobre Bernardo! ¡Pobre Teresa!

Los ricos participaban del dolor común; no hay muchos ricos entre nosotros, y la riqueza de los que hay es bien escasa... pero en fin, todos tenían buena memoria.

El señor cura y el señor alcalde se pusieron a la cabeza. Echaron un guante, y los más pobres dieron de todo corazón medio franco. El total ascendió a mil francos. Por segunda vez se creyó que Bernardo quedaba libre; pero hace ya tiempo de esto, acababa de estallar la guerra contra la Rusia, y los sustitutos valían el triple.

Al cabo de un esfuerzo inútil cayeron nuevamente en la desesperación.

Únicamente Bernardo permaneció sereno, y tomando los mil francos, se los devolvió al señor cura diciéndole:

— El invierno será cruel y el pan va a encarecer; al cabo y al fin, de algo servirá mi marcha, este dinero será para los pobres.

— Bien, muy bien, le dijo Teresa.

Y le estrechó la mano.

Bernardo pasó a ingresar en el ejército.

Por fortuna iba al campamento de Saint-Omer, que está a doce leguas de nuestra aldea.

— Tu hermano se pondría demasiado triste si no me viese, vino a decirme Teresa el primer sábado después de su marcha. Mañana temprano ven a despertarme.

Cuando al rayar el alba llamó a su puerta, Teresa me abrió y ya la vi dispuesta.

Al punto emprendimos la caminata.

Sin duda Teresa había escrito a Bernardo, pues le encontramos a la mitad del camino.

Y desde entonces todos los días de fiesta, Teresa, Bernardo y yo pasamos algunas horas juntos bajo la enramada de una añosa encina que dominaba una cuesta a la orilla de un bosque.

Como en otro tiempo se tomaban la mano, clavaban los ojos en el cielo y se repetían con voz enternecida los juramentos de un amor eterno.

Luego volvíamos a tomar el camino de la aldea. A la primera cuesta nos volvíamos; Bernardo estaba aun de pie junto a la encina. Un cuarto de hora pasaban mirándose de lejos, se enviaban un postrer adiós... después un suspiro... y después teníamos que ganar el tiempo perdido. Seis leguas para ir, seis para volver hacían doce.

Tres meses duró esto, y al cabo de ellos sobrevino una terrible noticia.

El regimiento de Bernardo tiene que marchar a Oriente.

Entonces sí que el dolor fué profundo; el mismo Bernardo lloraba como una criatura.

— No soy hombre de guerra, decía; la vista de la sangre me hará retroceder... de seguro tendré miedo.

Y en la primera batalla, la del Alma, aquel cobarde llegó el primero, conquistó una bandera, y ganó la medalla militar.

Y a todo esto sin recibir ni siquiera un rasguño.

Cuando llegó la carta que nos lo anunciaba, por poco se ilumina el pueblo...

A mediados del invierno Bernardo era cabo, y en la primavera siguiente sargento.

En suma, cada carta era una buena noticia.

Así era de ver cómo las leían y releían, primero en casa... luego en cada habitación de la aldea... y una vez, hasta en la iglesia en el púlpito... por cierto que todo el mundo lloraba, hasta el señor cura, que tuvo que interrumpirse tres veces.

Para responder sucedía lo mismo. Cada cual quería poner algo, una palabra de felicitación o de cariño.

Por fin, llegó la última acción... aquella tan terrible... Malakoff...

Y nada, no hubo carta, y se decía que habían muerto diez mil franceses.

¡Qué angustia!

Al fin asoma nuestro cartero, corriendo, medio sofocado...

Abren la carta con mano trémula... leen... herido... amputado...

Sí, pero era en la mano, un dedo nada más, eso es tener suerte... pues el sargento Bernardo recibió su licencia, seiscientos francos de retiro y la cruz de la Legión de Honor.

Esta vez sí que iluminaron; la autoridad decía que era por la toma de Sebastopol, pero todo el mundo pensaba que era por Bernardo.

Luego vino una carta de Marsella, y por último, otra de París, ayer tarde, que decía:

« Llego mañana. » — Y es hoy, dentro de un instante, y por eso estáis viendo ahí a los parientes, los amigos, a Teresa, a todo el pueblo, porque Bernardo no es ya solo un objeto de afecto para algunos, sino que es una gloria para todos. »

VI.

Nada más apasionado ni orgulloso que el acento de Periquillo al pronunciar su heroico discurso.

Pero de repente le vino a cortar la voz el gigantesco silbido de las dos locomotoras que llegaban casi al mismo tiempo.

La muestra se paró un poco antes, pero ninguno de nosotros fijó su atención en ella, pues el relato de Periquillo nos había interesado profundamente, y deseábamos también ver a Bernardo.

Ahí está... De pie en un wagon de tercera clase, con todo el cuerpo fuera de la portezuela, el rostro radiante de alegría, un rostro hermoso y varonil, una presencia admirable, con su uniforme, su medalla y su cruz; ahí está, gritando y tendiendo los brazos.

En toda la línea del enrejado a punto de romperse, todos los brazos se alargan, todas las manos se agitan, todas las voces entonan cánticos de alegría.

Menos Teresa, que continúa inmóvil y muda, con el cuerpo tan inclinado hacia adelante, que parece estar sostenida por un milagro de equilibrio.

Hasta la abuela, la abuela paralítica se ha levantado. No, nunca corazones humanos se transportaron de tal manera en tan loca alegría.

Pero ¿por qué la locomotora conserva aun tanta velocidad? ¿Qué contratiempo! Tendrá que deshacer mucho camino. Pero ¿por qué los empleados corren hacia el wagon de Bernardo gritando con furor: — Deteneos, todavía no es tiempo... deteneos?

Es que el wagon de Bernardo se ha abierto... es que Bernardo no tiene paciencia para esperar... quiere saltar a tierra... y salta...

No le hace... ¿Por qué temer?... ¿No le alienta el amor?... ¿No va a caer en brazos amados?...

¡Ay! No... no; un paso en vago y cae sí... pero desaparece en la vía profunda en aquel sitio... un grito... un ruido horrible... y luego el tren que pasa dejando en pos de sí una masa informe, inmóvil, ensangrentada...

¡Oh! ¡Es horroroso!... ¡Esa alegría... ese padre, esa madre... Teresa!...

Nosotros ni nos atrevimos a mirar; nos lanzamos precipitadamente en el otro tren, contentísimos porque al punto arrancó, como espantado también con aquella horrenda desgracia.

Al llegar al recodo del camino me volví...

En la estación de Armentières, sobre la misma vía había un grupo... que habría inspirado a un grande artista...

Sin embargo, en vano busqué con los ojos a Teresa.

VII.

Pasé la noche en escribir estas páginas, y todo el día siguiente anduve errante sin saber qué hacer, como un hombre herido de estupor.

La noche de este día tuve sueños horribles.

Siempre tenía en el oído la relación de Periquillo, siempre tenía a la vista lo que no había hecho más que entrever desde el recodo del campo de hierro.

Por la mañana oí confusamente el ruido de unos tambores que pasaban por la calle.

— ¿Qué es eso? pregunté levantándome.

— Un destacamento de tropa que va a asistir a los funerales de un caballero de la Legión de Honor, un pobre sargento que ha perecido en un ferro-carril...

No quise oír más, y corrí a la estación de Armentières.

Ya la triste ceremonia estaba concluida, ya el humilde campo santo estaba otra vez desierto.

Dos sepulturas recién cubiertas llamaron mi atención. ¿Por qué eran dos?

Interrogué al sepulturero que aun estaba allí, y me dijo:

— Aquí está Bernardo.

— ¿Y ahí, a su lado?

— Teresa.

No necesité más para saberlo todo.

Un instante después me fui a la aldea, y vi las casas cerradas y la población silenciosa.

De repente Periquillo vino a caer en mis brazos sollozando; pero con sus ojos me señalaba una choza, la única cuya puerta estaba abierta.

En esta choza descubrí en un claro-oscuro, como en un cuadro de Rembrandt:

Primeramente a la abuela paralítica, sentada siempre en su gran sillón, siempre inmóvil, pero cuyos ojos, aquellos ojos tan brillantes la antevíspera, parecía ya sin vida como todo lo restante de su cuerpo.

Tendido en el suelo y palpitando aun con las últimas convulsiones de una crisis de desesperación, la pobre madre ocultaba su cabeza en el seno de su marido que la sostenía arrodillado a su lado y llorando.

Cerca de ellos el cura con una mano sobre el hombro del padre y la otra levantada hacia el cielo.

En un rincón del aposento las dos hermanitas, a la luz de un rayo del sol en el ocaso, jugaban con la cruz

y la medalla que sin duda el cura acababa de traer del cementerio.

¡Pobre Bernardo! ¡Para traerles esos dos juguetes habías vuelto de la guerra!...

O. D.

En un album.

Niña, de una amistad que acaso ignoras
Prenda te doy aquí;
Si eres feliz, olvídate; si lloras,
Acuérdate de mí.

M. DEL PALACIO.

Alocucion de Pio IX.

Y MANIFESTACION DEL EPISCOPADO PRESENTE EN ROMA.

A título de documentos históricos publicamos aquí la alocucion de Pio IX y la manifestacion del episcopado de todos los países presente en Roma con motivo de la canonizacion de los mártires japoneses, y damos también varios dibujos relativos a la misma fiesta, con más un curiosísimo *fac simile* de un grabado de Callot, que glorifica a los mártires canonizados en la solemnidad del 8 de junio. En cuanto a los pormenores de la ceremonia, remitiremos al lector a la detallada descripción que de ella hemos insertado en nuestro número precedente.

Hé aquí la alocucion del papa pronunciada en el Consistorio celebrado en Roma el 9 de junio último:

Venerables hermanos: Profunda alegría fué la que experimentamos cuando ayer pudimos, con el auxilio de Dios, conferir los honores y el culto de los santos a veinte y siete intrépidos héroes de nuestra divina religion, y eso teniéndolos a nuestro lado, a vosotros, que dotados de tan alta piedad y de tantas virtudes, llamados a compartir nuestra solicitud en medio de tiempos tan dolorosos y combatiendo valerosamente en favor de la casa de Israel, sois para nos un consuelo y apoyo soberanos. ¡Plugiera a Dios que interin nos hallásemos inundados de esta alegría, ninguna causa de tristeza y luto viniera a contristarnos por otra parte! En efecto, no podemos dejar de estar abrumados de dolor y angustia cuando vemos los daños y males tan tristes y para siempre deplorables con que la Iglesia católica y la sociedad civil misma se hallan miserablemente atormentadas y oprimidas con gran detrimento de las almas. Ya conocéis en efecto, venerables hermanos, la guerra implacable declarada al catolicismo entero por esos mismos hombres, que enemigos de la cruz de Jesucristo, impacientes de la sana doctrina, unidos entre sí en culpable alianza, todo lo ignoran, de todo blasfeman e intentan connover los fundamentos de la sociedad humana, mucho más aun, destruirla por completo si posible fuera; pervertir las inteligencias y los corazones, llenarlos de los más perniciosos errores y arrancarlos del seno de la religion católica. Esos perdidos artesanos de fraudes, esos forjadores de mentiras no cesan de hacer surgir de las tinieblas los monstruosos errores de los tiempos antiguos, tantas veces refutados ya victoriosamente por los más prudentes y sabios escritores y condenados por los fallos más severos de la Iglesia; de exagerarlos revistiéndolos de palabras nuevas y falaces y de propagarlos por do quiera y de todos modos. Con arte detestable y verdaderamente satánico, manciellan y pervierten toda ciencia, derraman para perdición de las almas un veneno mortal, favorecen una licencia desenfrenada y las más aviesas pasiones: subvierten el orden religioso y social; se esfuerzan por destruir toda idea de justicia, de verdad, de derecho, de honor y de religion y hacen bafa, insultan y menosprecian la doctrina y los santos preceptos del Cristo. La mente retrocede horrorizada y se niega a tocar ni aun someramente los principales de esos errores pestilentes con los cuales esos hombres trastornan en nuestros días aciagos todas las cosas divinas y humanas.

Ninguno de vosotros, venerables hermanos, ignora que esos hombres destruyen completamente la cohesión necesaria, que por voluntad de Dios une el orden natural y el sobrenatural, y que al mismo tiempo cambian, confunden y abolen el carácter genuino, verdadero y legítimo de la revelación divina, la autoridad, la constitución y el poder de la Iglesia; y así llevan a tal grado esa temeraria opinión que no temen negar audazmente toda verdad, toda ley, todo poder, todo derecho de origen divino; no se avergüenzan de afirmar que la ciencia de la filosofía y de la moral, lo mismo que las leyes civiles, pueden y deben no depender de la revelación y recusar la autoridad de la Iglesia; que la Iglesia no es una sociedad verdadera y perfecta, plenamente libre, y que no puede apoyarse en los derechos propios y permanentes que le ha conferido su divino Fundador;

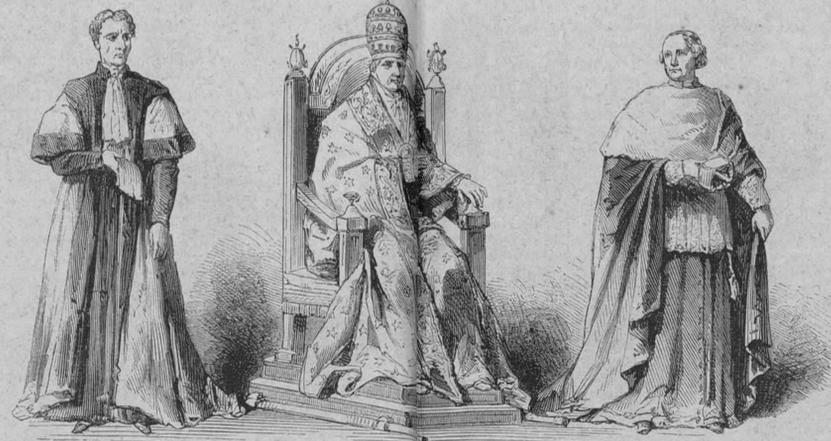
TRAJES RELIGIOSOS Y UNIFORMES MILITARES DE LA CORTE DE ROMA.



Cruciferario. Cardinal caudatario.



Obispo griego. Obispo armenio.



Senador. S. S. el papa en silla papal. Cardenal.



Obispo latino. Obispo sirio.



Canónigo del cabildo de San Pedro. Chantre de la Capilla papal.



Portasedia. Macero.



Ceremonia de la canonización de los mártires japoneses.



Sacerdote del cabildo de San Pedro. Guardia noble.



Oficial de la guardia suiza. Guardia suizo.



Camarero que precede á la silla. Camarero abellifero.

sino que corresponde al poder civil definir cuáles son los derechos de la Iglesia y dentro de qué límites los puede ejercer. De donde sacan la falsa consecuencia de que el poder civil puede inmiscuirse en las cosas que atañen a la religión, a las costumbres y al régimen espiritual, y hasta impedir que los preladados y los pueblos fieles comuniquen libre y mutuamente con el pontífice romano, divinamente establecido pastor supremo de toda la Iglesia; y eso a fin de disolver esa unión necesaria y estrechísima, que por divina institución de Nuestro Señor mismo debe existir entre los miembros místicos del cuerpo del Cristo y su jefe venerable. Tampoco temen proclamar con astucia y falsedad ante la multitud, que los ministros de la Iglesia y el pontífice romano deben ser excluidos de todo derecho y de todo poder temporal.

En su extremada impudencia, no vacilan en afirmar además que no solamente no sirve de nada la revelación divina, sino que daña a la perfección del hombre, que ella misma es imperfecta y está por consiguiente sujeta a un progreso continuo e indefinido que debe corresponder con el progreso de la razón humana. También tienen la osadía de pretender que las profecías y los milagros expuestos y relatados en los libros sagrados son fabulas de poetas, que los santos libros de nuestra fe son el resultado de investigaciones filosóficas, que los libros divinos del Antiguo y del Nuevo Testamento no contienen mas que mitos, y que, horroriza decirlo, Nuestro Señor Jesucristo es una ficción mítica. En consecuencia, esos turbulentos adeptos de dogmas perversos sostienen que las leyes morales no tienen necesidad de sanción divina, que no hace falta que las leyes humanas estén en conformidad con el derecho natural y reciban de Dios la fuerza obligatoria, y afirman que la ley divina no existe. Niegan además toda acción de Dios en el mundo y en los hombres y sostienen temerariamente que la razón humana, sin ningún acatamiento a Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; que ella es la ley de sí misma y que basta con sus fuerzas naturales para proporcionar el bien de los hombres y de los pueblos. Mientras que maliciosamente hacen derivar todas las verdades de religión de la fuerza nativa de la razón humana, otorgan a cada hombre una especie de derecho primordial por el cual puede pensar libremente y tributar a Dios el honor y el culto que concepte mejor según su antojo.

Consiguientemente, llegan a tal grado de impiedad e impudencia que atacan al cielo y se esfuerzan por eliminar al mismo Dios. En efecto, con una maldad que solo compete con su estolidez, no temen afirmar que la divinidad suprema, llena de sabiduría y providencia, no es distinta de la universalidad de las cosas, que Dios es la misma cosa que la naturaleza, que está sujeto como ella a cambios, que Dios se confunde con el hombre y el mundo, que todo es Dios, que Dios es una misma sustancia, una misma cosa que el mundo, y no hay por lo tanto diferencia entre el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Seguramente que nada puede idearse de más insensato, más impío y más repugnante a la misma razón. Se mofan de la autoridad tan temerariamente que tienen la impudencia de decir que la autoridad nada es, como no sea la del número y de la fuerza material, que el derecho consiste en el hecho, que los deberes de los hombres son una palabra vana, y que todos los hechos humanos tienen fuerza de derecho.

Añadiendo en seguida las mentiras a las mentiras, los delirios a los delirios, hollando toda autoridad legítima, todo derecho legítimo, toda obligación, todo deber, no titubean en sustituir en lugar del derecho verdadero y legítimo el falso y mentido de la fuerza y en subordinar el orden moral al material. No reconocen otra fuerza que la que reside en la materia; hacen consistir toda la moral y el honor en acumular la riqueza por cualquiera medio que sea y en saciar todas las pasiones depravadas. Con estos principios abominables favorecen la rebelión de la carne contra el espíritu, la sostienen y la exaltan, concediéndola esos derechos y dones naturales que pretenden son desconocidos por la doctrina católica, y menospreciando así la advertencia del apóstol, que exclama: « Si viviéreis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, vivireis. » (Ad Rom., VIII, 13.) Se esfuerzan por invadir y anadar los derechos de toda propiedad legítima, y se imaginan, por la perversidad de su espíritu, una especie de derecho emancipado de toda traba de que, según ellos, goza el Estado, y en el cual pretenden temerariamente ver el origen y fundamento de todos los derechos.

Pero mientras enumeramos rápida y dolorosamente estos errores principales de nuestro infortunado siglo, olvidados, venerables hermanos, recordar tantas otras falsedades, casi innumerables, que vosotros conocéis perfectamente, y con ayuda de las cuales procuran los enemigos de Dios y de los hombres alterar y conmover la sociedad sagrada y la sociedad civil. Omitimos las injurias, calumnias y ultrajes tan graves y multiplicados con que no cesan de perseguir a los ministros de la Iglesia y a esta Sede apostólica. No hablamos de esa odiosa hipocresía con que los jefes y satélites de esa rebelión y de ese desorden, sobre todo en Italia, afectan decir que quieren que la Iglesia goce de su libertad, mientras que con sacrilega audacia hollan diariamente cada vez mas los derechos y leyes de esta Iglesia, la despojan de sus bienes, persiguen a preladados y eclesiásticos noblemente consagrados a su ministerio, los aprisionan, arrojan violentamente de sus asilos a los discipu-

los de las órdenes religiosas y a las vírgenes consagradas a Dios, y no retroceden ante ninguna empresa por reducir a vergonzosa servidumbre y oprimir a la Iglesia.

Mientras que vuestra presencia tan deseada nos causa un júbilo singular, vosotros mismos sois testigos de la libertad que tienen hoy en Italia nuestros venerables hermanos en el episcopado, los cuales, luchando con valor y perseverancia en los combates del Señor, se han hallado con profundo dolor nuestro en la imposibilidad de venir hacia nos y encontrarse con vosotros y asistir a esta asamblea, cosa que anhelaban tan ardientemente, según nos lo han hecho saber los arzobispos y obispos de la desventurada Italia por sus cartas, todas ellas llenas hacia nos y esta Santa Sede de amor y adhesión. Tampoco veis aquí ninguno de los preladados de Portugal, y estamos vivamente alligados al considerar la naturaleza de los obstáculos que se han opuesto a que tomaran el camino de Roma. Omitimos igualmente recordar los tristes horrores que los secuaces de esas doctrinas perversas realizan, contristando cruelmente nuestro corazón, el vuestro y el de todos los hombres de bien. Nada decimos de esa conspiración impia, de esas maquinaciones culpables y falaces con las cuales quieren trastornar y destruir la soberanía temporal de esta Santa Sede. Nos agrada mas recordar esa admirable unanimidad con que vosotros mismos, unidos a todos los venerables preladados del orbe católico, no habeis cesado, ya en vuestras cartas dirigidas a nos, ya en vuestros escritos pastorales dirigidos a los fieles, de descubrir y refutar esas perfidias, enseñando al mismo tiempo que esta soberanía temporal de la Santa Sede ha sido dada al pontífice romano por designio particular de la divina Providencia, y que es necesario, a fin de que el pontífice romano, sin ser súbdito de ningún príncipe ó de ningún poder civil, ejerza en toda la Iglesia, con la plenitud de su libertad, el supremo poder y autoridad que ha sido investido divinamente por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, para que guie y gobierne el rebaño entero del Señor y pueda atender al mayor bien de la Iglesia, a las necesidades y ventajas de los fieles.

Los asuntos lamentables de que os hemos hablado hasta ahora, venerables hermanos, forman sin duda un espectáculo doloroso. ¿Quién no ve, en efecto, que tantas máximas impías, tantas maquinaciones y locuras depravadas corrompen cada día mas miserablemente al pueblo cristiano, le impelen a la ruina, atacan a la Iglesia católica, su doctrina saludable, sus derechos y sus leyes venerandas y a sus sagrados ministros, propagan los vicios y los crímenes y subvierten la misma sociedad civil?

Por lo tanto, recordando nuestro ministerio apostólico y lleno de solicitud por la salvación espiritual de todos los pueblos que nos han sido confiados por Dios; como por otra parte, según las palabras de nuestro santísimo predecesor Leon, « no podemos gobernar de otro modo a los que nos están confiados sino persiguiendo, con el celo de la fe del Señor, a los que pervierten y son pervertidos, y arrancando con toda la severidad posible ese veneno de las almas sanas a fin de que no cunda causando mayores estragos » (Epist. VII, ad Episcop. per Ital. CII); alzando nuestra voz apostólica en vuestra ilustre asamblea, reprobamos, proscribimos y condenamos los errores ya citados, no solamente como contrarios a la fe y doctrina católicas, a las leyes divinas y eclesiásticas, sino también a la ley y a la justicia natural y eterna y a la recta razón.

A vosotros, venerables hermanos, que sois la sal de la tierra, los guardianes y pastores del rebaño del Señor, os exhortamos y conjuramos cada vez mas, a que con vuestra admirable piedad y vuestro celo episcopal, continúeis como lo habeis hecho hasta aquí, con grande honor de vuestro orden, alejando muy cuidadosa y vigilantemente de esos pastos emponzoñados a los fieles que os están confiados, combatiendo y refutando la monstruosa perversidad de esas opiniones, ora con la palabra, ora con escritos oportunos.

Vosotros sabeis, en efecto, que se trata de intereses supremos, pues se halla en tela de juicio la causa de nuestra santísima fe, de la Iglesia católica, de su doctrina, de la salvación de los pueblos, de la paz y la tranquilidad de la sociedad humana. No ceséis pues, en cuanto os sea posible, de apartar a los fieles del contagio de una plaga tan terrible, es decir, que alejéis de su vista y de sus manos los libros y diarios perniciosos, que instruyáis a los fieles en los santos preceptos de nuestra augusta religión, les exhortéis y les aviséis que huyan de esos doctores de iniquidad como se huye de la presencia de una serpiente. Que todos vuestros cuidados y solicitud particular se dirijan a que el clero sea santo y sabiamente instruido y a que brillen en él todas las virtudes; a que la juventud de ambos sexos sea formada en conformidad con las reglas de la honestidad, de la piedad y de todas las virtudes, y a que el orden de los estudios sea saludable. Velad con sumo cuidado porque ni en las bellas letras ni en los altos estudios se insinue nada que sea contrario a la fe, a la religión y a las buenas costumbres. Obrad con varonil energía, venerables hermanos, y en esta grande perturbación de los tiempos no dejéis abatir vuestro valor, sino que apoyados en el auxilio divino, tomando el escudo inexpugnable de la justicia y de la fe, armados con la espada espiritual, que es la palabra de Dios, no ceséis de oponeros a los esfuerzos de todos los enemigos de la Iglesia católica y de esta Sede apostólica, de rechazar sus dardos y repeler sus embestidas.

Entre tanto, levantando los ojos al cielo día y noche, no cesemos, venerables hermanos, de implorar en la humildad de nuestro corazón y con nuestras mas fer-

vientes plegarias al Padre de las misericordias y al Dios de toda consolación, que hace brillar la luz en las tinieblas, y de las mismas piedras puede suscitar hijos de Abraham, a fin de que por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, su hijo único, se digne tender una mano protectora a la sociedad cristiana y civil, disipar todos los errores e impiedades, iluminar con las claridades de su gracia los entendimientos de los que se extravían, convertirlos y atraerlos a sí, asegurar a la santa Iglesia la paz apetecida, para que adquiera en toda la haz de la tierra mayores desarrollos y florezca y prospere en ella.

Y a fin de que podamos obtener mas facilmente lo que pedimos, tomemos por intercesora cerca de Dios a la Santísima e Inmaculada Madre de Dios, a la Virgen María, que llena de misericordia y amor hacia todos los hombres, ha aniquilado siempre todas las heregías y cuyo patrocinio nunca ha sido mas oportuno cerca de Dios. Solicitemos también los sufragios tanto de san José, el esposo de la Santísima Virgen, como de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de todos los habitantes de los cielos, y sobre todo de aquellos cuyos nombres acababan de ser insertos en los fastos de la santidad para ser objeto de nuestro culto y veneración.

Antes de terminar, no podemos resistir al deseo de confirmar de nuevo el testimonio del supremo consuelo y alegría de que estamos penetrados al disfrutar de vuestro admirable concurso, de vosotros, venerables hermanos, que adheridos a nos y a esta cátedra de Pedro por los vínculos de la fidelidad, de la piedad y de la reverencia, y desempeñando vuestro ministerio con admirable celo, os gloriais en procurar la mayor honra de Dios y la salvación de las almas; de vosotros, que en la mas íntima concordia de vuestras almas, no cesáis, del mismo modo que vuestros venerables hermanos los obispos de todo el orbe católico y los fieles confiados a su cuidado, de proporcionarnos todo género de alivios y dulzuras en medio de vuestras graves angustias y crueles amarguras.

Es porque en esta ocasión hacemos profesión pública en el lenguaje mas cariñoso, de la gratitud y afecto que os tenemos a vosotros, a esos venerables hermanos y a todos esos fieles. Y os pedimos que cuando regreseis a vuestras diócesis tengáis a bien expresar estos sentimientos a los fieles confiados a vuestra guarda, asegurándoles de nuestro cariño paternal al conferirles la bendición apostólica que de lo mas profundo de nuestro corazón y formando los mejores votos de toda verdadera felicidad, tenemos la dicha de concederlos a vosotros, venerables hermanos, y a esos mismos fieles.

Terminada la alocución, Su Eminencia el Eminentísimo y Reverendísimo cardenal Mattei, decano del Sacro Colegio, acompañado de varios miembros del episcopado, se acercó al trono de Su Santidad y leyó y entregó al Santo Padre la siguiente

Manifestación

EN NOMBRE DE TODO EL EPISCOPADO PRESENTE EN ROMA.

Santísimo Padre: Desde que los apóstoles de Jesucristo, en el día sagrado de Pentecostés, estrechamente unidos a Pedro, jefe de la Iglesia, recibieron el Espíritu Santo, y que arrastrados por su divino impulso anunciaron a hombres de casi todas las naciones reunidos en la ciudad santa, y a cada uno en su lengua, las maravillas del poder de Dios, creemos que jamás hasta este día y a la vuelta de la misma solemnidad, no se han hallado reunidos tantos de sus herederos en torno del venerable sucesor de Pedro para oír su palabra, para escuchar sus decretos y para fortificar su autoridad. Ahora bien, así como nada mas grato podía suceder a los apóstoles al través de los peligros de la Iglesia naciente que rodear al primer vicario de Jesucristo en esta tierra, recientemente inspirado del Espíritu de Dios, así también para nosotros, en medio de las presentes angustias de la Santa Iglesia, nada es mas caro, nada mas sagrado que depositar a los pies de Vuestra Santidad toda la veneración y amor que contienen nuestros corazones por Vuestra Santidad, y declarar unánimemente al mismo tiempo de qué admiración estamos penetrados por las altas virtudes con que brilla nuestro Sumo Pontífice, y cuánto nos adherimos de lo mas recóndito de nuestras entrañas a lo que, nuevo Pedro, ha enseñado, y a lo que tan valerosamente ha resuelto y decidido.

Un nuevo ardor inflama nuestros corazones; una luz de fe mas vivificante ilumina nuestras inteligencias, un amor mas sagrado embarga nuestras almas. Sentimos nuestras lenguas vibrantes con esas llamas que encendían con un deseo ardiente por la salvación de los hombres el corazón de María, a cuyo lado estaban los apóstoles, y que arrastraban a esos mismos apóstoles a proclamar las grandezas de Dios.

Dando pues vivas acciones de gracias a Vuestra Santidad porque en estos tiempos tan difíciles nos ha permitido acercarnos a su trono pontificio, consolaros en vuestras aflicciones y manifestaros públicamente los sentimientos de que estamos inspirados nosotros, nuestro clero y los pueblos confiados a nuestros cuidados, os dirigimos con una sola voz y un solo corazón nuestras aclamaciones, nuestros deseos y nuestros votos de

felicidad. Vivid largo tiempo, Santo Padre, y felizmente para el gobierno de la Iglesia católica. Continuada como hasta aquí protegiéndola con vuestra energía, dirigiéndola con vuestra prudencia, siendo su ornato con vuestras virtudes. Marchad delante de nosotros como el buen Pastor, dadnos el ejemplo, apacentad á las ovejas y á los corderos en los celestes pastos, fortificadlos con las celestes aguas de la sabiduría. Pues sois para nosotros el maestro de la sana doctrina, sois el centro de la unidad, sois para los pueblos la luz indefectible preparada por la divina sabiduría, sois la piedra, sois el fundamento de la misma Iglesia contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno. Cuando habláis oímos á Pedro; cuando decretáis obedecemos á Jesucristo. Os admiramos en medio de tantas pruebas y tormentas, la frente serena y el corazón imperturbable, cumpliendo con vuestro ministerio sagrado, invencible y en pie.

Pero en tanto que tenemos así tantos motivos de glorificarnos, no podemos menos al mismo tiempo de volver nuestros ojos hácia tristes espectáculos. En efecto, por todas partes se alzan ante nuestros espíritus esos crímenes espantosos que han devastado miserablemente esta hermosa tierra de Italia, de la que sois, beatísimo Padre, el honor y el apoyo, y que pugnan por quebrantar y derrocar vuestra soberanía y la de esta Santa Sede, de la que ha dimanado como de su fuente original todo lo que hay de hermoso en la sociedad civil. Ni los derechos permanentes de los siglos, ni la larga y pacífica posesión del poder, ni los tratados sancionados y garantidos por la autoridad de la Iglesia entera, han podido impedir que no fuese trastornado todo con desprecio de todas las leyes en las cuales se apoyaban hasta hoy la existencia y la duración de los Estados.

Para ocuparnos de lo que nos toca de mas cerca, de vos, santísimo Padre, os vemos por el crimen de esos usurpadores que no toman la « libertad sino por velo de su malicia, » despojados de esas provincias que disfrutaban de una equitativa administración por los cuidados y bajo la protección de la dignidad de la Santa Sede y de toda la Iglesia. Vuestra Santidad ha resistido con invencible valor á estas inicuas violencias, y por ello os debemos las mas vivas acciones de gracias en nombre de todos los católicos.

Con efecto, reconocemos que la soberanía temporal de la Santa Sede es una necesidad, y que ha sido establecida por un designio evidente de la Providencia divina; no vacilamos en declarar que en el estado actual de las cosas humanas, esa soberanía temporal es absolutamente indispensable para el bien de la Iglesia y para el libre gobierno de las almas. Seguramente era preciso que el pontífice romano no fuese subdito ni aun huésped de ningún príncipe: sino que sentado en su trono y amo en su dominio y en su propio reino, no reconociese mas derecho que el suyo, y pudiese, en una noble, apacible y dulce libertad, proteger la fe católica, defender, regir y gobernar toda la república cristiana.

¿Quién pues podría negar que en el conflicto de las cosas, de las opiniones y de las instituciones humanas, era preciso en el centro de la Europa un lazo sagrado, colocado entre los tres continentes del viejo mundo, un asiento augusto de donde se eleve alternativamente para los pueblos y para los príncipes una voz grande y poderosa, la voz de la justicia y de la libertad imparcial y sin preferencia, libre de toda influencia arbitraria, y que no pueda ni ser comprimida por el terror ni cercada por los artificios?

¿Cómo pues y de qué manera habria podido suceder que los prelados de la Iglesia procedentes de todos los puntos del universo, representantes de todos los pueblos y de todas las comarcas, llegasen aquí con seguridad para tratar con Vuestra Santidad de los mas graves intereses, si hubiesen encontrado á un príncipe cualquiera dominando en estas tierras, que hubiese estado receloso de sus propios príncipes ó estos lo hubiesen estado de él, á causa de su hostilidad? Hay, en efecto, los deberes del cristiano y los deberes del ciudadano; deberes que no son contrarios en manera alguna, pero que son diferentes: ¿cómo podrían cumplirse los obispos si no dominase en Roma una soberanía temporal como la soberanía pontificia, exenta de todo derecho ajeno y centro de la concordia universal, que no aspira á ninguna ambición humana, que nada prepara para la dominación terrestre?

Hemos venido libres hácia el pontífice-rey libre, pastores en las cosas de la Iglesia, ciudadanos adictos al bien y á los intereses de la patria y sin faltar ni á nuestros deberes de pastores ni á nuestros deberes de ciudadanos.

Puesto que así es, ¿quién se atrevería á atacar esa soberanía tan antigua, fundada sobre tal autoridad, sobre tal fuerza de las cosas? ¿Qué otro poder la podría ser comparada, si se considera hasta ese derecho humano en que descansan la seguridad de los príncipes y la libertad de los pueblos? ¿Qué poder es tan venerable y tanto? ¿Qué monarquía ó que república puede glorificarse en los siglos pasados ó modernos de derechos tan augustos, tan antiguos, tan inviolables? Si esos derechos fuesen despreciados y hollados una vez y para esta Santa Sede, ¿qué príncipe estaria seguro de conservar su reino, que república su territorio? De este modo, santísimo Padre, lucháis y combatís por la religión seguramente, pero también por la justicia y el derecho que son entre las naciones los fundamentos de las cosas humanas.

Pero no nos toca hablar mas tiempo de esta grave materia cuando hemos oído acerca de ella no tanto vuestras palabras como vuestras acciones. Vuestra voz, en efecto, semejante á la trompeta sacerdotal, ha procla-

mado en todo el universo, que « por un designio particular de la divina Providencia, el pontífice romano colocado por Jesucristo como jefe y centro de toda su Iglesia, ha obtenido una soberanía temporal (1); » debemos pues tener todos por cierto que esa soberanía no ha sido adquirida fortuitamente por la Santa Sede, sino que le ha sido atribuida por una disposición especial de Dios, por una larga serie de años, por el consentimiento unánime de todos los Estados y de todos los imperios, y que ha sido fortificada y mantenida por una especie de milagro.

También habeis declarado en un lenguaje elevado y solemne « que queriais conservar enérgicamente y guardar intactos é inviolables la soberanía civil de la Iglesia romana, sus posesiones temporales y sus derechos que pertenecen al universo católico; que la protección de la soberanía de la Santa Sede y del patrimonio de san Pedro pertenecía á todos los católicos; que estais dispuestos á sacrificar vuestra vida antes que abandonar en lo mas mínimo esa causa de Dios, de la Iglesia y de la justicia » (2). Aplaudiendo con nuestras aclamaciones estas magníficas palabras, respondemos que estamos prontos á ir con vos á la prisión y á la muerte; os suplicamos humildemente que permanezcáis incontrastable en ese firme designio y en esa constancia, dando á los ángeles y á los hombres el espectáculo de un alma invencible y de un valor soberano. Esto es lo que os pide la Iglesia de Jesucristo, para cuyo feliz gobierno ha sido atribuida providencialmente á los pontífices romanos la soberanía temporal, y que ha comprendido de tal modo, que la protección de esta soberanía era de su incumbencia, que en otro tiempo en la vacante de la Sede apostólica y en medio de las mas temibles extremidades, todos los padres del concilio de Constanza quisieron administrar ellos mismos en comun las posesiones temporales de la Iglesia romana, como consta en documentos públicos. Esto es lo que os piden los cristianos fieles dispersados en todas las comarcas del globo, que se felicitan por habernos visto venir libremente á vos y tratar libremente de los intereses de sus conciencias: esto es lo que os pide, en fin, la sociedad civil, que conoce que la subversión de vuestro gobierno quebrantaría sus propias bases.

¿Qué mas? Habeis condenado por un justo fallo á esos hombres culpables que han invadido los bienes eclesiásticos, y habeis proclamado « nulo y de ningún efecto » todo lo que han hecho (3); habeis decretado que todos los actos intentados por ellos eran ilegítimos y sacrilegos (4); habeis declarado con razon y buen derecho que los autores de esos crímenes incurrian en las penas y censuras eclesiásticas (5).

Esas graves palabras de vuestra boca y esos actos admirables deben ser acogidos con respeto por nosotros, y debemos repetir aquí que los aprobamos plenamente. En efecto, así como el cuerpo padece siempre con la cabeza á que está unido por el lazo de los miembros y por una misma vida, así también es necesario que nosotros estemos en perfecta simpatía con vos. Nos hallamos tan unidos á vos en vuestra desconsoladora aflicción, que todo lo que padeceis lo padecemos nosotros igualmente por el acuerdo de nuestro amor. Suplicamos á Dios que ponga fin á perturbaciones tan injustas y que devuelva su libertad y su gloria primera á la Iglesia, esposa de su Hijo, tan miserablemente despojada y oprimida.

Pero no nos sorprende que los derechos de la Santa Sede sean tan ardiente é implacablemente atacados. Hace ya muchos años que la locura de ciertos hombres ha llegado hasta el punto no sólo de esforzarse en rechazar todas las doctrinas de la Iglesia ó ponerlas en duda, sino de proponerse trastornar por completo la verdad cristiana y la república cristiana. De ahí esas tentativas impías de una vana ciencia y de una falsa erudición contra las doctrinas de nuestras santas letras y su inspiración divina; de ahí ese cuidado perverso por arrancar á la juventud de la tutela maternal de la Iglesia, por imbuirla los errores del siglo, á veces hasta sus trayéndola de toda educación religiosa; de ahí esas nuevas y perniciosas teorías sobre el orden social, político y religioso que se esparcen impunemente por do quiera; de ahí esa costumbre demasiado familiar á muchas de esas comarcas de despreñar la autoridad de la Iglesia, de usurpar sus derechos, de desconocer sus preceptos, de insultar á sus ministros, de hacer burla de su culto, de tener á honra y de exaltar á todos los hombres, sobre todo á los eclesiásticos que se separan miserablemente de la religión y caminan por la vía de la perdición. Los venerables prelados y los sacerdotes del Señor son depuestos de su poder y se ven obligados á expatriarse ó son aherrojados ó arrastrados ante los tribunales civiles con afrenta por haber permanecido fieles á su santo ministerio. Las esposas de Jesús gimen arrojadas de sus asilos, consumidas de pobreza y próximas á morir de miseria; los religiosos se ven en la precisión de volver al mundo á pesar suyo; manos violentas se extienden sobre el patrimonio sagrado de la Iglesia; y por medio de libros detestables, periódicos é imágenes se ha declarado una guerra terrible y continua que alcanza á un tiempo á las costumbres, á la verdad y aun al pudor.

(1) Letra ap. del 26 de mayo de 1860; Alocución del 20 de junio de 1859; Encíclica del 9 de junio de 1860; Alocución del 17 de diciembre de 1860.

(2) Letra encíclica del 19 de enero de 1860.

(3) Alocución del 26 de setiembre de 1859.

(4) Alocución del 20 de junio de 1859.

(5) Letras apostólicas del 26 de marzo de 1860.

Los que se entregan á tales agresiones saben perfectamente que como en fortaleza inexpugnable, residen en la Santa Sede la fuerza y la virtud de toda justicia y verdad, y que los esfuerzos de los enemigos se quebrantan contra esa ciudadela; que la Santa Sede es un vigía de cuya altura los ojos perspicaces del guardian supremo distinguen de lejos las asechanzas preparadas y las anuncia á sus compañeros. De ahí ese odio implacable, de ahí esa envidia incurable, de ahí ese celo apasionado de los hombres perversos que querrian deprimir á la Iglesia romana y á la Santa Sede apostólica y destruirlas, si eso fuese posible nunca.

A esta vista, beatísimo Padre, ó solamente con estas relaciones ¿quién no dejaria correr sus lágrimas? Sobrecogidos pues de justo dolor, alzamos los ojos y las manos al cielo implorando con todas las fuerzas de nuestra alma al Espíritu divino á fin de que él, que en este día ha fortificado y santificado bajo la autoridad de Pedro la Iglesia naciente, la proteja, la extienda, la glorifique hoy bajo vuestro cayado y vuestro cetro. Que sea testigo de los votos que formamos, María solemnemente saludada por vos con el título de Inmaculada; que sean testigos esas cenizas sagradas de los santos patronos de la Iglesia romana, Pedro y Pablo, así como las venerables reliquias de tantos pontífices, mártires y confesores, que hacen santa y sagrada la tierra misma que hollamos; que sean particularmente testigos esos bienaventurados que hoy, por supremo decreto de vos, han sido insertos entre los santos; ellos deben tomar bajo un nuevo título la protección de la Iglesia y ofrecerán por vos, desde lo alto de sus altares, al Dios omnipotente, sus primeras plegarias.

En su presencia pues nosotros, obispos, á fin de que la impiedad no finja ignorarlo ni se atreva á negarlo, condenamos los errores que habeis condenado, rechazamos y detestamos las doctrinas nuevas y extrañas que se propagan por todas partes en detrimento de la Iglesia de Jesucristo; condenamos y reprobamos los sacrilegios, las rapiñas, las violaciones de la inmunidad eclesiástica y demás crímenes cometidos contra la Iglesia y la silla de Pedro.

Y esta protesta, cuya inscripción pedimos en los fastos públicos de la Iglesia, la proferimos con toda sinceridad en nombre de nuestros hermanos que están ausentes; ora de aquellos que en medio de tantas angustias, retenidos por la fuerza en sus casas, lloran hoy y callan, ora de aquellos, que impedidos por graves asuntos y por su mala salud, no han podido estar aquí reunidos con nosotros. Añadimos á nosotros nuestro clero y el pueblo fiel, que animados como nosotros de piadosa veneración y profundo amor, han probado su afecto hácia vos tanto con sus plegarias asiduas y sin descanso, como con las ofrendas del dinero de San Pedro, multiplicadas con generoso desprendimiento, sabiendo muy bien que sus sacrificios deben procurar á la vez el alivio de las necesidades del Pastor supremo y la guarda de su libertad.

¡Pluguiera á Dios que todos los pueblos se entendiesen para poner en seguridad esa causa sagrada del universo cristiano y del orden social!

¡Pluguiera á Dios que los reyes y los poderosos del siglo comprendiesen que la causa del Pontífice es la causa de todos los príncipes y de todos los Estados! ¡pluguiera á Dios que viesen adonde tienden los criminales esfuerzos de sus adversarios, y que al fin tomasen las resoluciones decisivas!

¡Pluguiera á Dios que viniesen á enmienda esos pocos desgraciados eclesiásticos y religiosos, que olvidando su vocación, negando la obediencia debida á los superiores y usurpando temerariamente la autoridad de la Iglesia, corren á su perdición!

Hé ahí lo que llorando con vos, santísimo Padre, solicitamos ardentemente del Señor, mientras que prosternados á vuestros pies, os pedimos esa fuerza celestial que da vuestra bendición apostólica y paternal. Que sea abundante, que salga ampliamente del fondo de vuestro corazón, á fin de que no solo se extienda sobre nosotros, sino que recaiga sobre nuestros amados hermanos que están ausentes y sobre los fieles que nos están confiados. Que sea para nuestros dolores y los del mundo una dulcificación y un alivio; que levante nuestra flaqueza, que fecunde nuestros trabajos y nuestras obras, y que en fin, procure prontamente á la santa Iglesia de Dios tiempos mas dichosos.

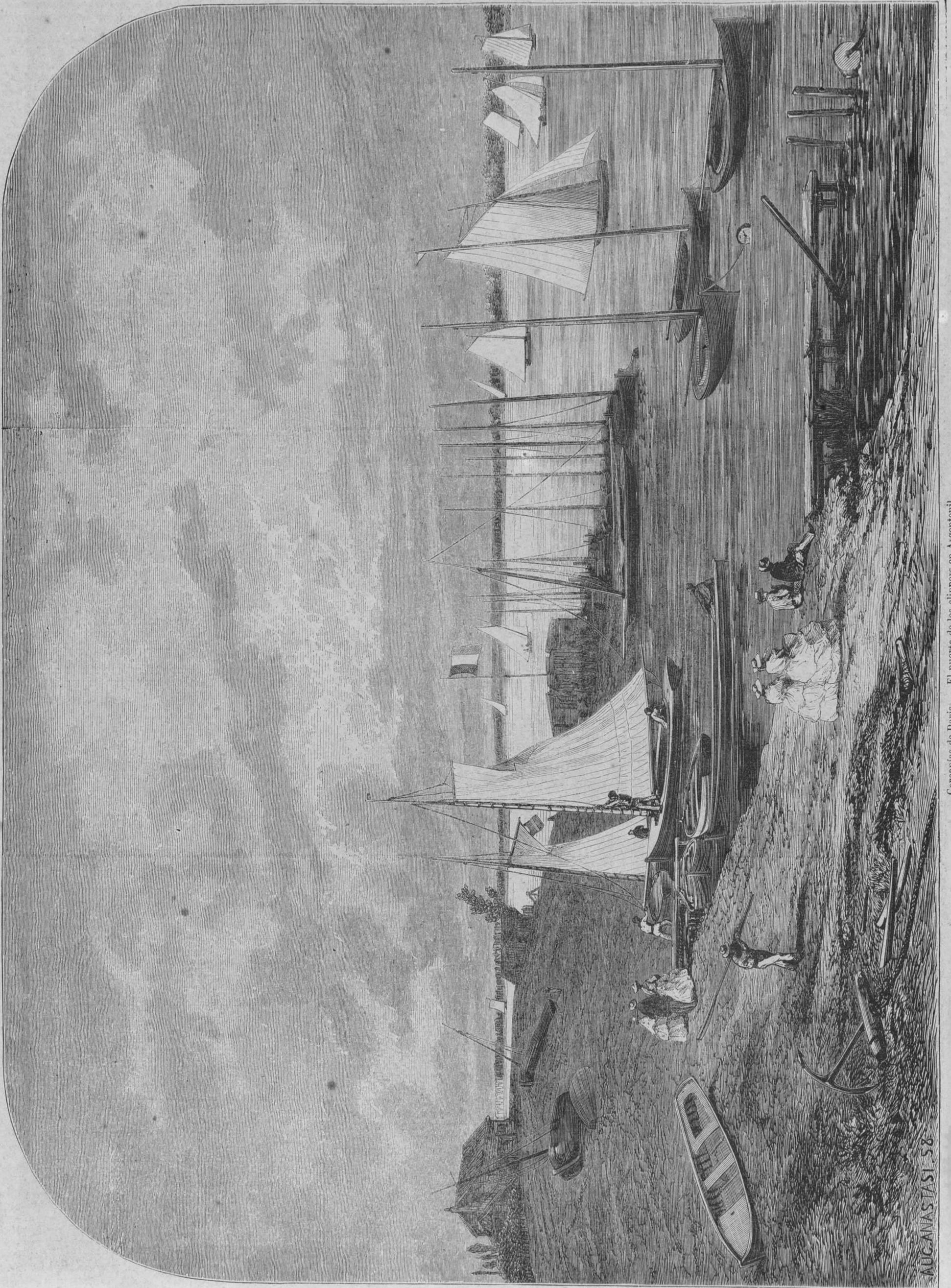
Roma, ocho de junio del año del Señor mil ochocientos sesenta y dos.

(Esta manifestación fué firmada por unos 300 prelados, cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de todos los países, sin contar los cardenales de Roma.)

Cercanías de Paris.

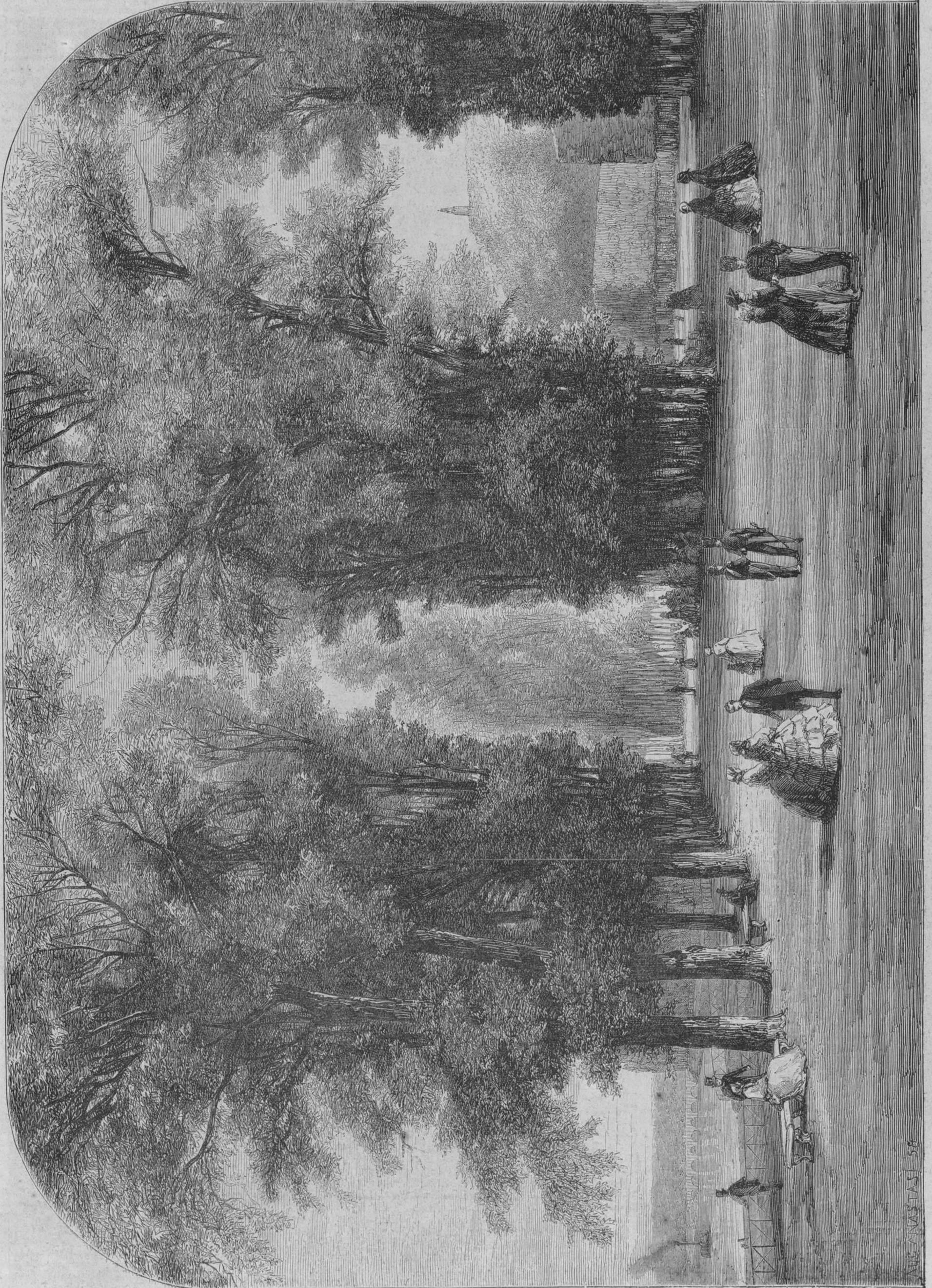
EL PUERTO DE LOS CLIPPERS EN ARGENTEUIL. — EL PARQUE DE SAINT-CLOUD.

Argenteuil es un pueblecillo de las inmediaciones de Paris que disfruta cierta celebridad desde antiguos tiempos, debida al vino que se saca de sus viñedos. Si los vinos se estimasen en razon á sus propiedades estimulantes que producen las agudezas y el buen humor, pocos de ellos podrian sostener un paralelo con el de Argenteuil, que es el Falerno de la clase popular parisiense. Seguramente, ha inspirado mas canciones y dichos agu-



Cercanías de Paris. — El puerto de los clippers en Argenteuil

AUG. ANASTASI 58



Cercanías de París. — El parque de Saint-Cloud.

A. ANASTAS 58

dos que todos los vinos sellados con lacre encarnado, y que en su mayor parte son vinos de diplomáticos, esto es, vinos taciturnos.

Argenteuil es la nodriza exuberante del pilluelo de París, que a su lado olvida agradablemente el cansancio del trabajo, sus penas y hasta su miseria. Sus productos se consideran inmejorables, y por lo tanto nada se promete ya del perfeccionamiento de los métodos de vinificación: únicamente es de sentir que los taberneros se obstinan en manipularlos por medio del agua y el campeche.

El pueblecillo de Argenteuil es pues muy recomendable, y bajo este concepto merece figurar en los diccionarios geográficos; pero lo que constituye su gloria mayor, es que al mismo tiempo ha venido a ser el apostadero naval de París. Su magnífico puerto, que antiguamente solo era surcado por lanchas pescadoras, es hoy teatro de las evoluciones del ligero escuadrón de los barqueros parisienses. En Argenteuil se ha formado un casino náutico para el necesario desarrollo de la afición a estos ejercicios, los progresos de la arquitectura naval y el fomento de las regatas. Bajo la influencia de esta útil institución, las orillas de Argenteuil, antes tan solitarias, se han transformado rápidamente, y se asemejan a un puerto de mar en miniatura. No hay ninguna exageración en llamarle el *Puerto de los clippers*.

Algunos de nuestros lectores desearán saber lo que es un clipper. La construcción, de origen americano, a que han dado este nombre, es la oposición del cutter inglés. Este corta el agua hundiéndose a gran profundidad; el clipper por el contrario va rozándola. Su fondo es chato. Estos barcos, de formas elegantes, tienen admirables cualidades para la marcha, y puede decirse que no los hay mas veloces.

En la estación que atravesamos, muchos domingos la escuadra de los yachts parisienses que se ve representada en nuestro dibujo, se pone en movimiento para disputarse los premios que les ofrece la sociedad de las regatas. No hay para que añadir que a esta función acude siempre un crecido número de aficionados.

En cuanto a la vista del parque de Saint-Cloud que damos al frente de la de Argenteuil, nada tenemos que decir a nuestros lectores, pues se explica suficientemente por sí misma.

F.

La fe.

La libertad humana es un hecho innegable. No es sola la facultad de entender la que nos imprime un carácter divino. Conocemos la bondad y malicia de las acciones, y su elección es nuestra. Tenemos voluntad para decidirnos, y libertad para corresponder a todas nuestras decisiones. Pero ¿somos libres para comprender, ó solo para ejecutar? Si fuéramos libres para comprender, el terreno de la ciencia sería del dominio público. Es innato en nosotros el deseo de conocer, el afán de descubrir los misterios de la creación, el amor a la sabiduría. Y siendo libres para satisfacer nuestros deseos intelectuales, la posesión de la verdad radicaría en todos los cerebros, sería el patrimonio de todas las inteligencias, absorbería todo nuestro espíritu. Entonces dejaría de atormentarnos la duda, moriría el escepticismo, y solo sentiríamos el mas dulce de los imperios, el imperio de la afirmación. Y el raciocinio no vendría a ocuparnos, ni el discurso a distraernos, ni las teorías a mortificar nuestra mente, no: todas las operaciones de nuestra razón tienen por objeto la verdad, y practican todos los medios oportunos para descubrirla, y luchan por obtenerla, y se esfuerzan para conquistarla. Pero si la verdad se presentara a nosotros con la claridad del día, y distinguiéramos su resplandeciente brillo como el del astro mas luminoso, y comprendiéramos todos sus arcanos; entonces nuestra inteligencia se convertiría en un espectador del mundo, en un testigo de grandes maravillas, en un ser a cuya vista se disparan todos los misterios que encierra la creación.

Mas no es ese nuestro destino, no es esa la condición de nuestra especie, no son tan grandes nuestros privilegios. Fuimos condenados al trabajo, y su pesada cruz hemos de llevar sobre los hombros, y tenemos que sufrir su terrible carga. Por eso nos rendimos ante las leyes supremas que nos rigen. Por eso acatamos los planes de la Providencia. Por eso respetamos los inescrutables designios del Todopoderoso.

La luz de la razón nos ilumina y deja ver algunas ideas. El estudio las aclara. La educación las multiplica. Pero adquirimos las ideas, y formamos los juicios, y fundamos nuestras convicciones sin que la libertad se entrometa en ninguno de estos fenómenos.

Vanamente nos empeñáramos en cambiar de opinión, en variar de ideas, en modificar nuestras creencias. Si creemos que el universo está sometido a las leyes, si aseguramos que el hombre es un ser racional, si afirmamos que Dios existe, no habrá una fuerza capaz de alterar nuestros juicios.

Somos libres para sacrificarnos por una causa, para llevar nuestra abnegación hasta el heroísmo, para ser mártires de una doctrina, pero no somos libres para variar de creencias, ni para asentir a nuestro arbitrio, ni para juzgar según nos convenga. La libertad es el resultado de la inteligencia; somos libres porque discernimos y separamos y distinguimos el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo útil de lo inconveniente; y podemos decidirnos a obrar, y obrar según nuestra decisión. Pero la inteligencia preside a la libertad, nunca la li-

bertad a la inteligencia. Luego no seremos responsables de nuestras creencias. Luego no somos árbitros para juzgar según nuestros deseos. Luego no puede haber responsabilidad donde no juega la libertad.

Y ¿qué es la fe? ¿es una creencia? Siendo así; fuera inútil pedirla a la libertad. La creencia es hija de la convicción, es la convicción misma, y toda convicción es independiente de la voluntad. La fe consiste en creer, y en creer lo que no vemos. Pero la fe es algo mas, es algo mas grande, es algo mas sublime, es algo mas misterioso. Si la fe consistiera solamente en creer lo que no vemos, la fe se traduciría en ignorancia, en estupidez, en una protesta contra la razón humana, en creer lo que no comprendemos, en admitir como verdad lo que no está a nuestro alcance, y por decirlo de una vez y en sus términos mas claros y elocuentes, en creer lo que no creemos.

¿Me explicará la filosofía los misterios de la fe? La filosofía se rinde ante un principio divino. La filosofía solo dilucida las cuestiones de pura razón. Y la fe no es una materia que puede tratarse con la pluma de la ciencia. Luego la fe no es una idea, ni un juicio, ni una creencia como las demás. Luego la fe encierra profundos arcanos que siempre han de esconderse a nuestras investigaciones. Pero ¿qué será la fe? ¿será un sentimiento? ¿será una idea?

Para definir esta sublime palabra, é incluirla entre las ideas ó entre los sentimientos, preciso nos sería trazar una línea que dividiese el campo de nuestras operaciones internas, y diese a conocer su naturaleza respectiva, y explicase sus diversas acepciones. Pero hemos dicho que la fe no puede explicarse. Y ¿podremos hacerla sentir? Este es el único medio que se nos brinda para realizar tan difícil propósito.

El hombre siente; pero ¿no sienten los demás animales? nos replicarán algunos. Y para destruir una observación que no conduce mas que a detener nuestras reflexiones, tendremos que hacer un paréntesis. El hombre es sensible y los irracionales lo son también. Pero ¿es igual la sensibilidad de unos y otros? Este es el punto de la dificultad, y sobre él van a recaer nuestros comentarios.

El hombre recibe las impresiones del mundo exterior por medio de ciertos órganos que llamamos sentidos. Lo mismo se observa en los demás animales, y si les separan algunas diferencias, solo estribarían en el mayor ó menor desarrollo de esos instrumentos naturales. En el hombre hay ciertas tendencias orgánicas, ciertos estímulos que le ponen en movimiento, ciertos móviles que le arrastran impetuosamente a determinadas funciones. Y estas tendencias, y estos estímulos, y estos móviles se encuentran también en los irracionales. Luego el hombre y el bruto se comunican igualmente con el mundo exterior por medio de los sentidos, y las impresiones que reciben, surten ó producen los mismos efectos, se convierten en sensaciones. Luego si el hombre y el bruto están sometidos a las leyes orgánicas que les impelen constantemente al movimiento; el hombre y el bruto están sujetos a la influencia de las pasiones.

Hemos ya observado dos fenómenos de la sensibilidad, las sensaciones y las pasiones, y ambos a dos los hemos encontrado en los seres racionales y en los irracionales. Pero ¿habrá algunos fenómenos dignos de observarse y que pertenezcan a la sensibilidad, y que solo radican en el hombre? Hasta ahora nos hemos ocupado de las sensaciones y de las pasiones; justo es que llamemos nuestra atención los sentimientos.

El placer y el dolor son dos polos entre los que fluctuamos incesantemente. Nuestros esfuerzos se dirigen al placer, pero la fatalidad y la ignorancia nos llevan al dolor. Y ¿de qué placeres hablamos? ¿A qué dolores nos referimos? La naturaleza del hombre esta compuesta de dos elementos bien distintos, desemejantes y aun opuestos. El hombre material está influido como el bruto por las leyes del mundo físico, y sufre sus consecuencias, y soporta sus dolores. Luego hay dolores físicos que acosan igualmente al ser privilegiado que a los animales de un orden inferior. Luego hay goces materiales que pueden disfrutar en sus respectivas esferas el hombre y el cuadrúpedo.

Pero al asentar que el hombre fluctúa entre el placer y el dolor, ¿nos referimos solamente al mundo físico? Si limitáramos nuestra atención al orden material, no debiéramos concretarnos al hombre, sino extendernos a todos los irracionales. Pero cuando hablamos del placer y del dolor humanos, no solo nos fijamos en el bien y el mal físico, sino que nos remontamos y referimos principalmente al dolor y al placer moral, al sentimiento.

Y establecemos ya una fundamental diferencia que separa al hombre del bruto. Si ambos convienen en las sensaciones y en las pasiones, ambos se caracterizan por el sentimiento que acompaña siempre al primero, que no existe nunca en el último.

Y el sentimiento es el arsenal de nuestros mayores goces y de nuestros mas terribles quebrantos. El sentimiento es el agente de nuestra desgracia ó de nuestra felicidad. Pero ese sentimiento, ¿es solo un resultado de nuestra naturaleza sensible, mas sensible que la de los brutos? Absurda fuera una contestación afirmativa. El corazón del hombre es el centro de su sensibilidad, pero no es solo el corazón el laboratorio de los sentimientos. Gozamos de sentimientos porque sobre nuestra naturaleza sensible tenemos nuestra inteligencia. La sensibilidad aislada nos proporcionaría sensaciones, pero nunca sentimientos. Vamos a demostrar nuestra tesis.

Porque somos inteligentes tenemos conciencia hasta de nuestros placeres físicos, y no solo los disfrutamos en sus críticos instantes, sino que nos hace gozar su recuerdo, sino que nos hace sentir su esperanza. Luego la esperanza y el recuerdo que son operaciones de nuestra inteligencia vienen a influir en nuestra sensibilidad, despertando en nuestro corazón y en nuestra alma un afecto indelible. Pero no son estos los sentimientos de un orden elevado. Nuestra razón discurre y aplica sus eternos principios a los sucesos de la vida, y nuestro corazón se funde con ella para amar la virtud y para detestar el vicio. Luego además de conocer la bondad y malicia de las acciones humanas, sentimos un misterioso deseo hacia las unas, y una repugnancia manifiesta hacia las otras. Y esto acontece aun antes de que el deber nos prescriba sus imperiosas reglas, antes que la justicia nos recomiende sus santas máximas, antes que la voluntad pueda reprimir las tendencias bastardas.

Luego todas las ideas morales se prestarán a la simpatía del corazón, y entre aquellas y este formarán los sentimientos. La idea de la caridad se despierta a la vista de la desgracia, y el corazón la acoge con entusiasmo, y la caridad se convierte en un noble sentimiento. Y cuando una persona manifiesta una caridad vehemente, decimos con la mas profunda convicción, ¡qué generosos sentimientos! El heroísmo nos fascina, admiramos el valor abnegado, y cuando nuestra razón discurre sobre esta virtud, el corazón le calienta con un fuego vivísimo, y la idea del heroísmo pasa a ser un sentimiento. Por el contrario, experimentamos una simpatía, y gozamos a la presencia de la persona que nos la inspiró, y nos agrada su trato, y cuanto mas la conocemos, mas la admiramos, y el convencimiento que tenemos de sus virtudes aviva el entusiasmo de nuestro corazón, y aquella simpatía que podía traducirse en un débil sentimiento, se ha transformado en un sentimiento fogoso, merced a la influencia de nuestra convicción. Luego es bien notorio el mágico poder que ejercen recíprocamente la cabeza sobre el corazón y el corazón sobre la cabeza. Luego esa influencia es necesaria para producir el sentimiento. Luego el sentimiento no puede operarse sin el auxilio de la inteligencia. Pero ya hemos dicho que solo las ideas morales podían convertirse en sentimientos. Y ¿quién lo negará? Es bien evidente que las ideas científicas no traspasan la región del cerebro. Una idea matemática ó sea una idea de la exactitud, nos llevará a la convicción, pero jamás al sentimiento. Que dos mas dos sean cuatro, y cuatro y cuatro son ocho, todos lo vemos claramente y nadie lo pondrá en duda, pero nadie experimentará un sentimiento con esta idea. Solamente las ideas filantrópicas en sus infinitas manifestaciones engendran los sentimientos.

Y fácil es comprender que los corazones mas puros serán los mas abundantes en sentimientos. Porque existe una relación muy íntima entre el corazón y la cabeza; y si acogemos las ideas criminales, y si saciamos nuestra sed de placeres, y si alimentamos nuestras inclinaciones pecaminosas, llegaremos a destruir ese feliz consorcio de la inteligencia y la sensibilidad, que es la fuente de todo lo bueno, de todo lo santo, de todo lo sublime.

El abuso de los placeres materiales agota nuestra sensibilidad y debilita nuestra razón. Luego los sentimientos mas inefables existirán en las personas que hayan dominado sus pasiones con la fuerza de su voluntad. Hé aquí los primeros efectos de la virtud, del triunfo del espíritu sobre la materia, del predominio de la razón sobre las tendencias animales. Un corazón impuro es como un cristal empañado a cuyo través no vemos los objetos sino en confuso, sin distinguir sus matices, sin apreciar sus detalles.

Y ¿podrá existir la fe en un espíritu obcecado, en un alma contaminada, en un corazón impuro? Pero ¿qué es la fe?

La fe es el mas grande, es el mas enérgico, es el mas puro de todos los sentimientos, porque la fe es el amor al Ser de los seres, es su creencia sentida, es el amor a Dios. Y ¿puede amar a Dios un corazón mancillado? El amor es la armonía de los seres, y solo el alma santificada por la virtud, puede elevarse hasta el amor divino.

¡Y se pretende combatir la fe con razonamientos vulgares! ¡Y se dice que no somos árbitros para aceptar una creencia que se nos impone! ¡Insensatos!

Si somos libres para obrar, somos responsables de nuestra conducta, y acreedores a un premio, ó dignos de un castigo. Y si somos libres, podemos encenagarnos en el vicio ó purificarnos en la virtud. En el primer caso la fe no puede existir, y el escepticismo ó la duda nos mantiene en una agonía constante. En el segundo existe, y la fe es el mayor de los premios de la tierra, es la compensación de la virtud en el mundo, es la gracia de los justos, es la aurora del cielo, es el consuelo de los mártires.

No, no es la fe una idea de pura razón, de la que hay que decir «Creo»; que la fe es un fuego santo, y del que hay que decir «Siento.»

El criterio.

Si hemos de comprender, debemos de juzgar. Luego todo conocimiento presupone un juicio. Pero como somos falibles estamos sujetos al error. Y el error es el reverso de la verdad. A evitar el primero y a conquistar la segunda se consagran nuestras investigaciones. Y

para dirigir nuestra inteligencia por la buena senda y alejarla de los escollos, y llegar sin tropiezo al punto deseado, necesitamos de una luz clara, de un guía práctico, de una vista perspicaz. Y para proporcionarnos tan poderosos auxiliares, recurriremos a un estudio profundo, a un examen detenido, a un escrupuloso análisis de nuestra inteligencia, de sus facultades, de sus funciones, de sus órganos, de sus extravíos. Solo así podemos juzgar acertadamente y llegar a conocer las cosas, y a distinguir sus propiedades, y a averiguar sus relaciones.

Por medio de los sentidos adquirimos el conocimiento del mundo exterior; mejor dicho, los sentidos nos comunican las impresiones de los objetos que nos rodean, y estas impresiones hieren nuestra alma, y nuestra inteligencia afirma que existe otra cosa distinta de nosotros. Tenemos un conocimiento, pero aun el conocimiento mas sencillo requiere un juicio, aseguramos que la causa que produce nuestras impresiones tiene una existencia real. Abrimos los ojos y los rayos del sol coloran la naturaleza, y nuestra vista se impresiona, y tenemos conocimiento de la luz, y decimos sin advertirlo, *la luz existe*. Hé aquí la necesidad de un juicio en todo conocimiento. Dícese que el juicio es la relación entre dos ideas, y aceptando semejante definición, creeran muchos que es indispensable la existencia de dos cosas distintas para juzgar, ó cuando menos separar la esencia de las cualidades que la acompañan, y establecer ó afirmar su relación. Así sucede generalmente, pero eso no obsta á que todos nuestros conocimientos exijan un juicio. Y esta circunstancia peculiar á nuestra inteligencia y que imprime carácter divino al individuo humano, y que le eleva en la creación, y que le hace responsable de su conducta, esta circunstancia es la que constituye nuestra conciencia.

Nos ocupamos de la afirmación. Y en la afirmación estriba el bien de la sociedad. Si nuestra afirmación se conforma con la realidad de las cosas, avanzamos en el progreso; si la realidad difiere de nuestra afirmación, nos separamos de lo existente, y formamos un juicio falso, é incurrimos en el error, y sufrimos las consecuencias de nuestro extravío.

Tenemos una idea verdadera cuando conocemos perfectamente un objeto. Y ¿es frecuente conocer con exactitud los objetos que nos rodean? El conocimiento mas sencillo de las cosas y sus principales relaciones no se alcanza por una observación trivial. Para comprender las propiedades características de la materia en las variadas formas con que se presenta á nuestro examen, se requieren profundos estudios, superior inteligencia y un método adecuado. Por eso desconocemos las propiedades de los cuerpos y aun de aquellos que mas se ofrecen á nuestra inspección, aun los que nos sirven para los usos mas frecuentes, aun los que tenemos constantemente á la mano. Y un filósofo dedicado exclusivamente á desentrañar los fenómenos de la materia, un pensador que analiza las leyes del mundo exterior, un hombre en fin, que consagra sus estudios á las ciencias físicas, juega con nuestra inocencia, se burla de nuestra ignorancia, y pone en tortura nuestra imaginación cuando combinando las propiedades de ciertos cuerpos produce un efecto extraordinario, por no ser frecuente, pero natural por la combinación. Y si esto se verifica en las cosas materiales, en los objetos tangibles, en lo que se hace palpable, ¿qué no sucederá en las ideas morales, en las de pura razón, en las que solo puede alcanzar la inteligencia abandonada á sí propia? Los órganos externos, los sentidos, los instrumentos que nos comunican con el mundo, difieren muy poco en la mayoría de las personas, y con ligeras excepciones, todos oímos perfectamente y vemos y olfateamos, y gustamos y palpamos. Pero en el sentido íntimo, en la razón, en la aptitud intelectual son diferencias enormes las que separan á unos de otros individuos. Nadie podrá negarlo. Y si alguno se atreviera á sostener el principio de que todos nacemos con igual inteligencia, de que todos traemos las mismas disposiciones, de que solo la educación influye en el desarrollo de lo que se llama el talento, bien pronto le demostraríamos su crasísimo error. Le llevaríamos á una cátedra, le fijáramos la atención en las fisonomías de los alumnos, le haríamos observar las contracciones que sufrían algunos al oír la voz del profesor, la indiferencia de otros, el entusiasmo que se refleja en el semblante de los mas adelantados cuando las doctrinas que aprenden llenan su alma, la impasibilidad de los que no pueden comprender los pensamientos mas sencillos, la agitación del que quiere penetrar mas y mas en las regiones de la ciencia, la calma imperturbable del que nada pretende saber, del que no puede comprender, del que ha nacido para ignorar. No negamos la poderosa influencia de la educación, pues que nuestro empeño es demostrar su alta importancia, y recomendar todos los medios que la eleven y desarrollen; pero tampoco podemos negar la superioridad del talento que distingue á muchos individuos, las diferencias que separan á todos, y el grado eminente en que lo poseen los genios.

Vamos á nuestro objeto. Las ciencias físicas necesitan de los sentidos como principales agentes, y examinando las propiedades generales y particulares de los cuerpos, procuran averiguar sus relaciones con el auxilio de la inteligencia. Y aun en estas materias hemos hecho ver la distancia que separa del vulgo á los hombres que alicionados en la práctica, han pedido al estudio la explicación de los acontecimientos que observaban, y de los efectos se han remontado á sus verdaderas causas.

Pero en las ciencias de pura razón las dificultades crecen. En las primeras, todos pueden comprender la

explicación, todos aceptan lo que ven por sus propios ojos, y lo que comprueban por el tacto, y lo que no pueden negar porque existe en la evidencia. Y en las segundas, no hay mas pruebas que la razón, no hay mas instrumentos que la inteligencia, no hay mas arma que el talento. Que el iman atrae el acero, que los líquidos tienden á nivelarse, que los cuerpos sumergidos en un fluido pierden de su peso tanto como pese el volumen que desalojan, son principios irrecusables, son verdades evidentes, son leyes que nadie puede poner en duda. Hé aquí las ciencias físicas, esas ciencias que se estudian con el auxilio de los sentidos, que se presentan con claridad, que se prueban materialmente, y que no admiten réplica en sus demostraciones.

Pero las ciencias morales ó de pura razón, son las ciencias controvertibles, las ciencias de la discusión, las ciencias de la polémica. Por eso las ciencias sociales y políticas alimentan todas las publicaciones, ya sean obras doctrinales, elementales, folletos ó periódicos. Y las escuelas filosóficas vienen discutiendo sus teorías desde los mas remotos tiempos, y las sectas religiosas defendiendo sus respectivas creencias, y los sistemas políticos justificando sus doctrinas, y procurando llevar á la práctica sus opiniones, y aspirando á gobernar á los pueblos, y á dirigir los intereses colectivos segun las apreciaciones de sus respectivas escuelas.

Por eso comprendemos las dificultades que ofrece el estudio de las ciencias morales, y el inmenso catálogo de errores que envuelven muchas de sus teorías y la necesidad de combatir los males en su origen, para prevenir y evitar antes que remediar todas las calamidades que les son consiguientes.

Las ideas de las cosas materiales las adquirimos por el conducto de los sentidos, tenemos constantemente á nuestra vista los objetos representados, y podemos comprobarlos á cada momento. Pero las ideas de pura razón no salen de los límites del cerebro, están encerradas en nuestra alma, y su manifestación no es tan clara y ostensible como la de las primeras. Y siendo así, debemos fijar nuestras observaciones en las causas de los extravíos de la inteligencia, ya que esas causas influyen en nuestra desgracia, ya que se oponen á nuestro progreso, ya que se convierten en rémoras que dificultan nuestra prosperidad.

Hay algunos que confunden la *idea* con la *opinión*. Y sin detenerse á examinar la significación de estas palabras, ni á buscar su etimología, ni á averiguar su tecnicismo, se lanzan á emitir su parecer, pero sin apoyarse en sólidas razones, sin meditar en lo que dicen, sin conocer el asunto de que tratan. Una idea supone un juicio, pero un juicio que puede referirse á una cosa mas ó menos trivial, mas ó menos complicada, pero siempre es una, nunca compleja, pues entonces las ideas se multiplicarían en proporción de los objetos que representarían. Y eso no obsta á que el objeto pueda componerse de diferentes partes, que cada una de ellas pueda ser origen de otra idea diferente, que se distingue entre sí por un carácter especial, pero una idea siempre será una, única, invisible. Y he dicho que una idea presupone un juicio, ya que he sostenido la necesidad de una operación de nuestra alma, aun para afirmar la existencia de las cosas, ó la de sus cualidades, esto es, ideas sustantivas ó adjetivas. Pero vulgarmente se llama juicio á la relación que nuestra inteligencia establece entre dos ideas que compara, y no á la del objeto con su existencia que son la misma cosa, pero que dan lugar á una operación intelectual, y no hay operación intelectual sin un juicio.

Pero las ideas exactas no abundan en los hombres. Son muy pocos los que conocen las cosas en su esencia, en su constitución, en sus relaciones. Y es que solo podemos estudiar las propiedades de los cuerpos en términos generales, y descubrir los principios mas culminantes, y establecer sus diferencias características. Por eso no nos equivocamos al decir que las ideas exactas no abundan en los hombres, y que son muy pocos los que llegan á conocer las mas importantes cualidades que acompañan á los cuerpos.

Y la dificultad sube de punto en las ideas morales, puesto que son de un orden mas elevado, de una superior jerarquía, de una naturaleza mas incomprensible. En las primeras no cabe una opinión sino hasta hacer el experimento; despues de hecho aceptamos como irrecusable lo que hemos visto practicar. Pero en las segundas, todo es objeto de controversia, todo es discutible, todo es opinable. Mas debo explicarme con alguna claridad en tan árida materia. En primer lugar y antes de opinar por cuenta propia debemos adquirir la noción de dos ideas, pero de dos ideas morales, que segun demostramos requieran esfuerzos superiores para comprenderse. Y para juzgarlas recíprocamente, y para encadenarlas con oportunidad, y para establecer todas sus relaciones, necesitamos conocerlas en toda su extensión, en todo su fundamento, en todos sus atributos. Solo así podemos opinar acertadamente, y evitar las consecuencias de las opiniones ligeras y aventuradas, y presagiar los buenos resultados de nuestro fallo.

La política es una materia en la que todos se creen con derecho á opinar, y en la que efectivamente opinan, pero en la que desbarian con una impavidez que sorprende al filósofo mas experimentado.

Y es que las dos ideas cardinales de la política son la libertad y el orden. ¿La libertad! ¿Y es negocio sencillo el entender todas las manifestaciones de la actividad humana y asignarlas sus límites y graduar su imperio? ¿El orden! ¿Y cómo se obtiene? Determinando la esfera de la libertad, refrenando las mas fuertes pasiones, y modificando todas las tendencias bastardas.

Difícil, muy difícil es comprender las ideas de libertad y orden, pues que su terreno es resbaladizo, y complejas sus cuestiones. ¿Y cómo se realiza la idea del derecho? Solo conciliando la libertad individual con la colectiva, y para conseguirlo es necesario hermanar la libertad con el orden, y para resolver tan importante problema, no basta conocer aisladamente estas ideas, es indispensable penetrar en todas sus relaciones, y consultar la historia, las costumbres, y todas las circunstancias del país que haya de gobernarse. Por eso la ciencia política no puede cultivarse sino por grandes pensadores y profundos filósofos que á una superior inteligencia reúnan un caudal de conocimientos importantes. Por eso la opinión política es un asunto de tanta entidad, y sin embargo, existen pocos hombres que no se crean facultados para tomar parte en los negocios públicos con voz y voto.

Vamos á concluir, pero repitiendo una observación que mas de una vez hemos consignado.

El hombre piensa, porque esta dotado de razón. Y en la razón encontramos dos facultades que podremos llamar inteligencia é imaginación. Cuando el hombre piensa con la inteligencia puede llegar á ver las ideas como una vista conoce los objetos, con la misma claridad, con la misma precisión, con la misma exactitud. Pero cuando el hombre se abandona á la imaginación, todo lo transforma, todo lo embellece, todo lo poetiza, como cuando intercepta entre su vista y un cuadro cualquiera, un aparato óptico que eleva fantásticamente las proporciones de su mérito. Y la verdad no se encuentra en la fantasía, sino en la realidad. Por eso podremos decir que la imaginación es la facultad creadora de nuestra alma, que exagerando las ideas les da una forma colosal y sorprendente á la manera que un panorama engrandece los objetos, aun cuando en sí mismos sean insignificantes y carezcan de valor. Y las pasiones que tan maléfica influencia ejercen en nuestros juicios, son el vapor que mancha y empaña el puro cristal de nuestra inteligencia, que es el órgano visual de nuestra alma.

Por eso afirmaremos siempre que la imaginación y las pasiones son dos peligrosos escollos que nos llevan á la exaltación. Y la exaltación es el volcan de nuestro espíritu que confunde entre su lava la clara luz de nuestra inteligencia, esa luz que purifica nuestros juicios del influjo halagador de la imaginación, del mágico poderío del sentimiento, y de la grata voluptuosidad de las pasiones.

JUAN CANCIO MENA.

Taurirt-Amokran.

ALDEA DE LOS BENI-RATEN.

Taurirt-Amokran. La primera de estas palabras significa pequeña colina; es el diminutivo de la forma *Auris*, hoy casi olvidada en el país donde ha sido reemplazada por la palabra *Aguemun* (diminutivo, *Taqemunt Amokran*), que quiere decir grande; el sentido general es el siguiente: la grande aldea de la pequeña colina.

Es en efecto una aldea populosa de los Beni-Raten, situada al extremo de uno de los contrafuertes que bajan por el Sur al río de los Beni-Aici, y distante unos seis kilómetros del fuerte Napoleon (Suk-el-Arba). Las casas edificadas de piedra y con techumbre de teja denotan la riqueza y bienestar de sus numerosos habitantes, enriquecidos por los olivares que cubren los flancos de la colina.

Taurirt-Amokran se divide en dos barrios por medio de una larga y angosta callejuela. Es una muestra muy curiosa de esas poblaciones kabilas, siempre en lucha en otro tiempo con los pueblos vecinos, y a veces entre sí. De distancia en distancia se elevan casas de defensa (*Tavorfa*) que recuerdan las contiendas tradicionales de sus antiguos habitantes.

Varias casas comunes (*Djama*) adornadas con festones de ladrillo calado manifiestan tambien la opulencia de los administradores del pueblo. En el fondo y sobre lo alto de la montaña que termina el promontorio de Amokran se levanta orgullosa la mezquita que se ve representada en nuestro dibujo. Su minarete, objeto de la veneración de los habitantes, tiene una capa de cal que le hace blanco como la nieve. Se sube á él con ayuda de los piés y las manos por unos agujeros abiertos en las paredes. Sin embargo, el que ejecuta esta peligrosa ascension se ve recompensado despues por el espléndido panorama que distingue desde lo alto del monumento.

En la mezquita hay siempre un anciano thaleb (hombre letrado) que hace salmodiar todo el día algunos fragmentos desfigurados del Alcorán á los muchachos de la fracción de los morabitos establecidos en la aldea. Este apacible maestro de escuela mira con ojo indiferente al extranjero que penetra en el santo lugar, y responde afable á las preguntas que le dirigen sobre las antiguas luchas del país.

La aldea ha tenido sucesivamente varios ensanches, de los cuales el mas notable está indicado por un antiguo cementerio situado en una plazoleta, y detras del cual se extiende hoy un barrio nuevo.

Sus habitantes son muy industriosos; el aceite es su riqueza principal, y así es que se encuentran allí muchos molinos aceiteros. Tambien se entregan mucho al trabajo de los *ichuauen*, especie de capuchones pequeños artísticamente confeccionados al crochet, que sirven de tocado á las mujeres en la alta Kabilia.



Mezquita de Taurirt Amokran, aldea de los Beni-Raten.

Desde la mezquita de Taurirt se disfruta de un espectáculo magnífico: el verde valle por cuyo fondo serpentea el Ued-Aici, delante del islote montañoso de los Beni-Yeuni, cuyas vastas poblaciones se distinguen; al Oeste el árido país de los Maatkas, y mas lejos al Sur la sombría llanura del Ued-Burni. Sobre este paisaje se destaca como un gigante encanecido por los años, el alto muro granítico del Djurjura, que muestra en los aires sus cumbres abruptas cubiertas de nieve.

H. A.

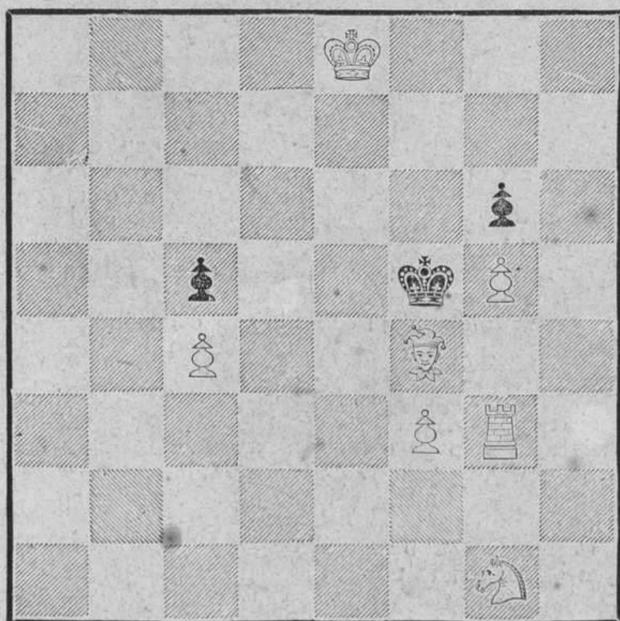
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 16.

- 1 A 4a R P como A (a)
 - 2 R 3a CRa R como C
 - 3 A como C jaque-mat.
- (a)
- 2 C 6a Ra P como P
 - 3 C 5a AR jaque-mate. P 1 paso

PROBLEMA NUM. 17, POR M'COMBE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.



Le Pourtrait des premier 23 Martire mis en Croix par la predication de las. boy de Gijopp scubr l'Empre Taicosam en la Cité de Mongasachi, de l'ordre des freres mineurs Obscurantijn de S. Franecis

Los primeros mártires japoneses en la cruz. (Véase la página 23.)